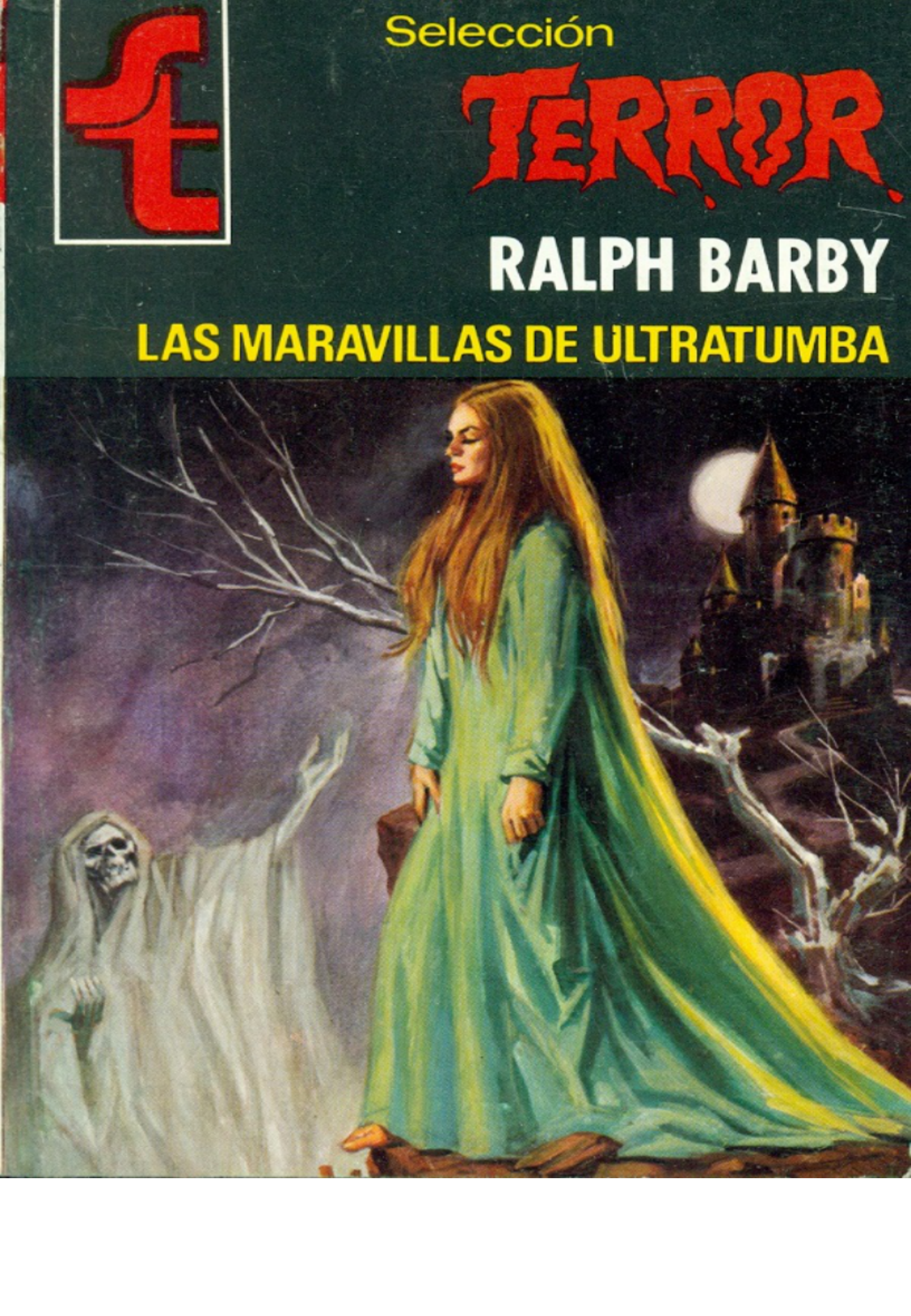


ft
Selección
TERROR
RALPH BARBY
LAS MARAVILLAS DE ULTRATUMBA



SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

360 — El mal infinito, *Clark Carrados*.
361 — El gato que ríe, *Curtis Garland*.
362 — El genio de la muerte, *Clark Carrados*.
363 — Una suite en el cementerio, *Adam Surray*.
364 — Contrato con el mundo del horror, *Joseph Berna*.

RALPH BARBY

LAS MARAVILLAS DE ULTRATUMBA

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 365
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 41.556 - 1979
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: febrero, 1980

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1980

CAPITULO PRIMERO

—Ya no soy el mago que antes era.

Sin dejar de controlar la carretera, lanzo una ojeada a Jennie, que viaja a mi lado, quieta y callada. Apenas conocía a su padre, se había pasado todo el tiempo interna en un colegio apartado de los centros urbanos, un colegio en el que creía iba a pasar más tiempo; pero, de pronto, se presentaba su padre y después de hablar con la directora, Jennie había abandonado el centro.

—¿No estudiaré más, papá?

El hombre miró la cinta de asfalto que su automóvil devoraba. Era como si se tomase unos instantes de tiempo antes de responder.

—No me han ido bien las cosas últimamente, Jennie, hay que aceptar las circunstancias. Después de todo, en el internado deseaban seguir cobrando los sustanciosos cheques que yo pagaba.

—Tú eres el mejor mago del mundo, ¿no, papá?

El hombre sonrió con cierta amargura.

—Sí, es cierto. —Suspiró mientras tomaba una curva. El cielo iba oscureciendo sobre ellos aunque lentamente, sin prisas—. Tenía unos contratos firmados y debía cumplirlos. Te mandé unos billetes para que fueras a la colonia de verano que me recomendaron en el propio internado.

—Sí, pero seguí viendo a las mismas compañeras que durante el invierno.

—Otras chicas que, como tú, no podían reunirse con sus padres.

—Algunas no los tienen. Nancy se quedó huérfana en un accidente de automóvil. Su tutor paga el internado, pero en verano no puede atenderla.

—Así es la vida, Jennie. Tenemos problemas, pero si miras alrededor, otros tienen más que uno mismo. Tú, por ejemplo, te quejas porque te has quedado con los estudios cortados, ¿no?

—Yo no me he quejado, papá, sólo he preguntado.

—Es lo mismo, tu cabecita gruñe y patalea, yo la oigo.

—¿Gracias a tus cualidades de mago?

—Verás, Jennie, yo siempre he sido un mago ilusionista, todo lo he hecho con trucos. Palomas en las manos, cartas que aparecen y desaparecen, pañuelos, etcétera, pero todo esto ya está pasando a la historia. Todos esos trucos se han visto demasiado en la televisión. ¿A quién podemos sorprender ahora?

—A muchos niños.

—Puede ser, pero ya no pagan como antes. Sólo ganas dinero cuando te contratan en la televisión, y jamás eres el número fuerte. Te contratan de telonero, para fiestas, privadas infantiles. Hay que renovarse, Jennie, yo he tenido que pedir prestado porque en los bancos no tengo crédito.

—¿Te has arruinado, papá?

—Digamos que sí, he pasado bastante tiempo sin contratos. Mi cotización ha bajado, he sostenido mi dignidad, pero me he quedado sin representante,

he de cambiar.

—Si cambias, ¿qué harás?

—¿Imaginas a tu padre, el gran mago Sergio, cotizado en los escenarios de todo el mundo, vendiendo pólizas de seguros? Pero como yo, ahora hay muchos y miserablemente pagados. Los gustos cambian, Jennie.

—Es cierto.

—¿Qué te gustaría que fuera ahora?

—Mago. Yo siempre he estado orgullosa de que mi padre fuera el gran mago Sergio.

—¿Ah, sí? Nunca me lo habías dicho.

—Yo conocía algunos de tus trucos y los he hecho en el internado.

—Con éxito, seguro.

—Pues, sí, me aplaudieron mucho.

—Tienes madera, Jennie, eres como tu madre, ella también valía mucho, lástima que una enfermedad se la llevara, tan hermosa, tan atractiva como era. Cuando ella salía, los espectadores la miraban subyugados mientras por mi manga corrían los animalitos que pugnaban por salir, y no creas que sólo la miraban los hombres, no, también las mujeres, con envidia y admiración.

—¿Y dices que yo me parezco a mamá?

—Sí, ya lo creo que sí.

—¿Podría salir a un escenario contigo? Me gustaría trabajar contigo, ya que no voy a seguir estudiando.

—No lo había pensado, pero es posible que hagamos algún ensayo, sólo cosas pequeñas, actuaciones para niños.

—¿Y por qué no para mayores?

—Porque yo no pienso hacer más ilusionismo para mayores.

—¿Por qué?

—Voy a dedicarme a otra cosa, la gente quiere cosas nuevas, ahora hay más interés por el espiritismo, por la parapsicología y todas esas cosas que les hacen creer que les van a curar el reuma, la esquizofrenia, el dolor de cabeza y hasta la diabetes.

—¿Te vas a hacer médico?

Ante la sorprendente pregunta de su hija, el hombre se echó a reír.

—No, claro que no. Yo no soy médico, pero puedo actuar como lo hacen otros. Pondré un consultorio y organizaré reuniones. Lo he pensado muy bien. He estado en Argentina,

Brasil, Filipinas, España, Francia, Londres y hasta en Rumania, mientras tú estudiabas en el internado.

—Tu vida es fantástica, papá, siempre viajando, libre como un pájaro.

El volvió a reír.

—Lo dices porque tú siempre has estado encerrada tras los muros de un internado. Es muy largo de explicar, Jennie, pero ya lo irás viendo. Efectivamente, podrás ayudarme, ahora tengo un montón de diplomas que colgaré en mi consultorio, diplomas que no valen nada, pero que quedan muy

bien, que impresionan. Asistes a un seminario corto, una, dos semanas, y si pagas, claro, te dan un diploma. Uno aquí, otro allá... Después, cuando hablas, dices: «Yo, cuando estuve con los profesores tal y cual allá en Buenos Aires, en Sao Paulo, en la universidad de Frankfurt o en la Sorbona... Eso queda muy bien y te creen. Hay muchos que viven magníficamente haciendo esto mismo, los psiquiatras pierden clientes. La gente busca la panacea para todo, ya te lo he dicho, lo mismo para el reuma, el aburrimiento o el cansancio. Hay que causarles buena impresión, hay que sugestionarles y hablarles con voz profunda, convincente, voz de profesor y, a lo mejor, hasta se curan.

—No irás a hacer de curandero, ¿verdad?

—No, hija, no. En la actualidad, los que actúan como curanderos son los que no tienen estudios, los casi analfabetos. Esos se llaman curanderos o visionarios, unos curan en casa y otros se van a algún lugar del bosque e invocan la presencia de Dios, algún santo o un extraterrestre, da lo mismo, el caso es darle mucho teatro a la situación y pagar a unos cuantos para que te secunden al principio. Los otros, , los más cultos, se llaman otras cosas. Por supuesto, unos se atacan a los otros en vez de estar unidos, porque aseguran que la verdad la tienen ellos, y al decir ellos me refiero siempre al último que habla. Tú no te asombres de nada y tampoco hagas demasiadas preguntas. Vas a aprender más de la vida en poco tiempo junto a mí, que toda una vida en el internado.

Steve L. Doow, más conocido tiempo atrás por el mago Sergio, hizo salir su automóvil de la carretera. El camino era muy malo, las hierbas lo habían invadido y los socavones eran pronunciados.

El automóvil, grande, lujoso, aunque no era un último modelo y si se buscaba con atención se podían encontrar puntos de oxidación en la carrocería, avanzó balanceándose como si fuera una falúa en alta mar.

Jennie se vio ante el muro de un cementerio por detrás del cual asomaban los altos cipreses, gruesas y añosas coníferas de color verde oscuro.

—Papá, esto es un cementerio —dijo ella cuando Steve L. Doow detuvo el automóvil.

—Sí, un cementerio. Te vas a quedar en el coche, yo iré a dar un vistazo.

—¿Un vistazo, adónde?

—Pues ahí delante. Te repito que no te muevas, tengo que hacer una cosa y es mejor que en estos momentos no esté preocupado por ti, de modo que no te vas a mover del coche. ¿Comprendido?

—Lo que tú digas, papá.

A Jennie no le gustó detenerse allí y menos a aquella hora del anochecer. Había estado en un cementerio una sola vez en su vida y había sido para llevarle flores a su madre. El día del entierro no había podido asistir, demasiados kilómetros de por medio, luego unas vacaciones y su padre la había llevado para que viera la última morada de su madre.

Steve L. Doow se apeó del coche. Dio la vuelta y abrió el maletero, sacando una bolsa.

El hombre que poco antes había reído, ahora se mostraba circunspecto, silencioso. Fue hacia la puerta del cementerio, una verja cerrada por una cadena.

Mas aquella cadena no fue un obstáculo, el candado que allí había estaba roto y sólo unía los eslabones para que no pudieran entrar las alimañas. La quitó y empujó la herrumbrosa puerta que chirrió y gruñó.

Steve L. Doow penetró en el pequeño recinto abandonado. El pueblo cercano también estaba abandonado y ruinoso. Sus gentes se habían desperdigado por todo el mundo buscando el cemento, el asfalto, el acero y el cristal, huyendo del campo, del ciclo abierto, de los árboles, algo incongruente pero real.

La vegetación había crecido tanto que Steve L. Doow tenía que abrirse paso entre ella, empujándola molesto, dando pequeños rodeos. Allí había muchas tumbas, tumbas con plantas, pero plantas silvestres, plantas que nadie deseaba. No había flores y algunos rótulos apenas se veían.

Buscó una lápida y tras dudar mucho la encontró.

—Dennis Horse Smith... Al fin te hallé, granuja.

Se quitó la chaqueta y se arremangó, dejando sus brazos desnudos. Abrió la bolsa y extrajo de ella una pala con mango y dos piezas que se unían. Comenzó a cavar con fuerza y se alegró de que la tierra no se hubiese endurecido; sin embargo, sabía que tenía trabajo para rato.

Cavó y cavó; el sudor comenzó a empapar su frente y su respiración se hizo más fatigosa, pero quería terminar pronto con tan fatigoso trabajo.

Jennie miró su reloj y vio que el tiempo se iba. Había oscurecido, pero no tardó en aparecer la luna, un espléndido plenilunio. Steve L.. Doow no había elegido en vano aquel día, sabía muy bien que era plenilunio, que tendría toda la luz natural que deseara sin verse obligado a llevar linternas ni faroles que iluminasen su patético trabajo, un trabajo que no deseaba que viera su hija.

La muchacha terminó saliendo del coche con sigilo, como si temiera que su padre la descubriera. Miró en torno suyo.

Tenía miedo y no podía remediarlo, La certeza de que bastaría un solo grito suyo para que su padre la oyera, no la tranquilizaba como cabía esperar. Se acercó a la verja y miró hacia el interior del cementerio.

Las siluetas de los cipreses quedaban destacadas y semejaban figuras fantasmales y enormes. Sintió como la proximidad de la amenaza, una amenaza que la cercaba poco a poco, pulgada a pulgada.

Alargó la mano y se cogió a la verja que cedió poco a poco, rechinando, cuando podía oír claramente los golpes que la pala daba contra la tierra, socavándola.

No veía la sombra de su padre, le oía pero no le alcanzaba a ver. Aquellas malditas plantas silvestres, tan altas y que crecían por todas partes sin que nadie se hubiera cuidado de arrancarlas, de limpiar los caminos, de desbrozar las tumbas y sus entornos... Todo era tan fantasmal...

El miedo inicial comenzó a crecer desmesuradamente dentro del cuerpo de

Jennie. Lo que menos podía esperar al abandonar el internado era que su padre la llevara a un cementerio donde él se había puesto a cavar para desenterrar algo.

Tuvo la sensación de que no estaba sola, de que dos pupilas poderosas se clavaban en ella. Fue una sensación inquietante que segundo a segundo acrecentó su miedo, como una bola de nieve cayendo por la ladera nevada, arrancando cuanto pudiera ponerse a su paso.

—Papá —llamó, como queriendo llamar sin que las palabras llegaran a salir bien de entre sus labios, unos labios que temblaban.

La angustia la hería en la garganta, en el pecho, en el estómago.

Se volvió de súbito y se encontró con una bestia, podía ser un gran perro, un animal parecido a un mastín grande y oscuro, tan oscuro que sólo se le veían los ojos y la boca, unos ojos inmensos que no tenían mirada de perro. Eran dos ojos penetrantes que arrebataban la respiración a Jennie.

—Papá —balbuceó de nuevo, retrocediendo hasta notar los hierros de la puerta en su espalda.

La extraña bestia surgía, de entre las sombras, amenazadora. Jennie deseó correr, pero aquellos ojos sanguinolentos la sugestionaban, la hipnotizaron y ya no supo nada de lo que ocurría. Todo se nubló en su mente y pasó de una sensación de frío que la había hecho tiritar a otra de calor que le dio la impresión de haberse sumergido en una hoguera.

La pala de Steve L. Doow dio sobre la madera y se detuvo para respirar y suspirar.

—AI fin —exclamó, enjugándose el sudor de la frente y el cuello con un pañuelo, mientras hacía un pequeño alto en sus esfuerzos.

Aún le costó abrir la caja; lo hizo forzando la cerradura y sólo en aquel momento encendió una pequeña linterna de bolsillo que enfocó hada el contenido del ataúd, un esqueleto repulsivo vestido con ropas de lana que aún se conservaban bastante bien.

Ya no había carne, órganos ni siquiera gusanos, sólo un fuerte olor a humedad. Ya no quedaría allí nada que tuviera que pudrirse.

—Hola, Dennis Horse Smith, volvemos a vernos. Quién lo iba a decir, ¿verdad? Ha pasado tanto tiempo.

Descendió su zurda e introdujo los dedos en las cuencas vacías de los ojos.

Y como si fuera un garfio al extremo del brazo de una grúa sin alma, arrancó la calavera del resto del esqueleto, elevándola en el aire.

CAPITULO II

Cuando Steve L. Doow abrió la puerta de la habitación, quedó tan sorprendido por lo que llenó sus ojos, por la imagen que inundó sus retinas y succionó sus recuerdos de lo más hondo, que en tono bajo exclamó un nombre:

—Marta...

La mujer, que se hallaba encarada ante el largo espacio del armario, se volvió. Vestía un traje de noche dorado y negro que le llegaba hasta los pies y se abría por delante mostrando parte de las piernas hasta la misma unión, en la parte alta de los muslos donde el vestido se cerraba como un pantaloncito. A partir de la cintura, un escote en pico dejaba ver el canal entre los senos.

La cabellera hermosa, larga y dorada, caía sobre los hombros y parte de la espalda, una diadema la hacía deslumbrar más aún. Los ojos maquillados en azul celeste, los labios en rojo vivo, toda ella era atracción.

—Soy Jennie, papá.

—Igual.

—¿Que mamá?

—Sí, sí. Bueno, quizá tú eres más hermosa, no sé, posiblemente esté ofendiendo la memoria de tu madre.

—Conque fuera un poco menos bella que mamá me conformaría.

—Eres muy bonita, Jennie. Puede que demasiado, no estaré tranquilo.

—¿Por qué?

—Eres una fruta demasiado apetitosa y los hombres siempre están hambrientos.

—Sólo hundirá el diente en mi cuerpo el hombre al que yo ame.

—Pues ándate con cuidado. Todos los hombres prometen amor eterno y eso enamora con excesiva facilidad a las mujeres.

—¿Tú también se lo juraste a mamá?

—Tu madre era distinta.

—¿Siempre son distintas las mujeres amadas?

—Eres muy irónica para tu juventud. ¿Preparada?

—Sí.

—¿Sabes bien lo que tienes que hacer?

—Sí, descuida.

—Lo que vas a hacer ahora no es lo que pienso que haremos más adelante, pero unas actuaciones de esta clase te darán segundad frente al público, una seguridad que es indispensable. Al público hay que ganárselo con aplomo. Hemos de dominar al auditorio, hemos de hacerlo nuestro y conseguir que piense lo que nosotros deseamos. Si el público te domina a ti, estás hundido, son cosas que irás aprendiendo con el paso del tiempo.

La representación era en una residencia de ancianos acomodados. Allí no había festival benéfico, sino un día de fiesta que controlaba la junta de cultura

y festejos de la propia residencia y que se sufragaba gracias a los fondos aportados por los residentes.

Los que en aquel lugar aguardaban la muerte eran personas de clase media a clase media alta que no habían encontrado un hueco en sus respectivas familias para ser cuidados y atendidos. Por otra parte, la residencia Autumn Flowers poseía el equipo humano adecuado y suficiente para servirles en todos sus problemas.

Jóvenes enfermeras y enfermeros, dos médicos y personal apropiado para solventarles los problemas y proporcionarles lo que demandaran, lo que siempre llevaba implícito el correspondiente cargo en sus respectivas cuentas. Era como una de esas clínicas modernas en las que pedir un simple vaso de agua hace subir la cuenta en libras, francos o dólares.

El escenario había sido montado en el gran salón, donde se distribuyeron mesas y sillas de forma que más parecía una sala de fiestas de calidad que un teatrito donde las butacas estaban paralelamente alineadas.

Todo se había llenado. Junto a los residentes asistían muchos familiares de estos que se mostraban orgullosos de la fiesta. Se habían preparado bebidas de calidad que se hallaban en las mesas y lodos vestían como para una gran gala.

El coronel O'Neil llevaba hasta la última medalla, todas bien lustrosas, y las ancianas se habían puesto de largo, luciendo sus joyas incluso.

El gran mago Sergio no era el único espectáculo ni el más importante, ya que se había contratado a otros artistas.

—*Ladies and gentlemen* —saludó el gran mago Sergio al salir al escenario —. Es mi intención hacerles pasar un rato agradable, un rato cargado de sorpresas. Si alguien hace alguna observación está en su derecho y yo le responderé. Habrá juegos con los naipes y otros que les aseguro que les sorprenderán. Ahora, antes de comenzar, les voy a presentar a la bella Jennie, mi ayudante. Un aplauso para ella...

Jennie apareció entre las cortinas laterales, pues el escenario se había montado a base de cortinas.

Avanzó despacio, ondulando su cuerpo con suavidad, un cuerpo joven, prieto y elástico, un cuerpo que endureció las gargantas de algunos de los hombres presentes que añoraban sus pasados años que ya no habrían de volver.

Jennie recibió el primer aplauso de su vida y sus ojos se llenaron de luz, una luz que no era la reverberación de las luces que la iluminaban, sino una luz que emanaba de dentro de ella.

Steve L. Doow inició su espectáculo con juegos de naipes y prosiguió con números de pelotas y palomas, mientras se acercaba la hora de presentar el número «fuerte».

Uno de los escasísimos espectadores jóvenes de la sala era James Adam Castle. Se hallaba en una mesa acompañado de tres mujeres de avanzada edad que, muy erguidos sus cuellos resecos, querían demostrar que aún tenían mucho que decir pese a que se hallaban en aquella magnífica residencia

geriátrica.

Una de las tres, en especial, se mostraba más sonriente, como más segura de sí. Lucía alhajas costosas y, de cuando en cuando, miraba de reojo al hombre joven y apuesto del que se sentía tan orgullosa como si lo hubiera parido ella.

—Es mi sobrino, ya os he hablado de él. ¿Verdad que se parece mucho a las fotografías que tengo?

—Sí, pero todavía es más apuesto al natural —le habían dicho sus amigas.

A James Castle no le agradaba aquella situación. Su tía lo presentaba como si fuera una joya de su única y exclusiva pertenencia, mas estaba dispuesto a aguantar porque su tía había hecho las veces de madre para él y le debía inconfesables favores que jamás podría llegar a pagarle.

Era difícil que el gran mago Sergio pudiera ofrecer un número que sorprendiera a aquellos espectadores que habían vivido tantos artos. Sus ojos estaban ya cansados de ver, mas, de pronto, surgió para todos lo sorpresivo, lo inesperado, lo sugestivo.

—Necesito una voluntaria, una mujer de entre ustedes, alguien que pueda demostrar a todos que es fuerte, que no se asusta. Debo advertirles que el número es nuevo, nada común, y que algunas personas pueden sentirse afectadas en su sensibilidad, por lo que de antemano les pido disculpas. Ladies, que una de ustedes suba al escenario, por favor. Si quiere pasar por una emoción que no olvidará jamás, venga. Si alguien entre ustedes piensa que su vida ha sido aburrida hasta ahora, suba al escenario. Todavía está a tiempo de remediar su situación.

Se produjeron murmullos, cuchicheos, risas. Se levantaron tres, pero el mago ilusionista sólo escogió a la primera que se acercó al escenario, pidiendo que las otras dos regresaran a sus mesas y disculpándose por no dejarlas entrar en el espectáculo.

—¡Un aplauso para esta valiente dama!

El gran Sergio consiguió el aplauso para la mujer.

Jennie apareció empujando una gran caja que era una especie de armario vertical que ofrecía poca resistencia a las fuerzas de la muchacha, ya que llevaba ruedas en su base.

Jennie colocó la caja-armario frente al público, casi en primera fila, mientras se sabía más observada ella que su propio padre o la espectadora voluntaria.

Sabiendo que la miraban, onduló ligeramente su cuerpo. El reclamo daba sus frutos, los ojos de los ancianos demostraron poseer más viveza que el resto de sus cuerpos.

—...Ahora, mistress Grace entrará en la caja con los ojos vendados y pensará usted en lo que le ha hecho más ilusión en su vida.

El padre de Jennie se dirigió a la caja y la abrió, mostrándola al público.

—Vacía, y si le doy la vuelta, también está vacía. Mírenla...

La caja-armario se abría por los dos lados. El gran Sergio tomó un pañuelo

de seda y dijo a la mujer:

—Si le molesta, dígamelo.

—No, no me molesta.

—Piense usted lo que quiera mientras vuela. La voy a enviar a otra dimensión de la que no va a volver hasta que yo se lo pida. Nadie más que yo podrá hacerla regresar. Usted creerá que no se mueve, que se halla en el cielo sin estrellas, pero estará en otra dimensión. Quizá oiga lejanos, muy lejanos, los murmullos de sus amigos, pero usted no estará aquí. Ahora, por favor, deje que la tome de la mano y la conduzca. —Se acercó a la caja y le pidió—. Suba como un escalón, yo la vigilo.

Jennie la tomó de la otra mano para ayudarla. Había observado que aquella mujer había estado sentada junto a un hombre joven que la había impresionado.

Cuando la mujer fue introducida en la caja-armario, el gran Sergio cerró la puerta. Tomó un palo con una tela que podía ser una sábana de cama de matrimonio de color rojo intenso y la hizo tremolar en el aire con la habilidad propia de un ilusionista que consigue que los objetos que se hallan en los extremos de sus dedos cobren vida propia.

La hizo subir por el aire en una serie de movimientos y cubrió la caja-armario. Ayudado por Jennie, comenzó a hacer girar la caja sobre su base, mientras en el ambiente se escuchaba una música apropiada que brotaba de una cinta magnetofónica. Luego la dejó y se volvió hacia el público. Jennie advirtió que su padre daba ligeras muestras de fatiga.

—Ahora, lo ideal sería fumarse un cigarrillo mientras mistress Grace viaja hacia otra dimensión, pero no será necesario porque a la dimensión a la que se ha ido el tiempo no cuenta. Será como si hubieran pasado artos o quizá segundos, yo lo ignoro; pero, veamos qué es lo que ha ocurrido.

Cogió el palo y estiró de él haciéndolo resbalar por encima de la caja-armario, dejándola descubierta. Luego, entregó el paño a Jennie que lo llevó a una silla junto a las cortinas laterales.

—Mistress Grace, ¿está usted ahí? —inquirió, golpeando con los nudillos.

Se produjeron murmullos de expectación. La música había descendido tanto que su volumen apenas se podía oír.

—Veamos, sólo hay que abrir la puerta y comprobar si ya ha regresado de la otra dimensión.

Abrió la puerta e hizo como que se asombraba.

—¡No está! Ustedes pueden verlo, no está, no ha regresado aún de la otra dimensión.

Efectivamente, no había ni rastro de la mujer anciana, aunque no en demasía, que entrara allí.

El gran mago Sergio obtuvo un montón de aplausos. El mismo, a la vista de todos, se introdujo en el armario, tocando sus paredes, el techo y el fondo.

—Es maravilloso, ¿verdad, James Adam? —preguntó su tía.

—Sí, maravilloso, sólo que habrá un doble fondo en el que estará tu amiga,

tía Florence.

—Sí, claro, es lógico que haya un doble fondo, no la iba a hacer desaparecer en serio. Que cosas tienes, James Adam, siempre digo que hablas como una criatura.

—Volveremos a darle una oportunidad para que regrese...

El mago cerró la puerta de la caja-armario, la volvió a cubrir con el paño que le devolvió Jennie e hizo unos pases teatrales con las manos. Quitó el paño y ordenó con energía:

—¡Mistress Grace, mistress Grace, si me oye, regrese ahora mismo de la otra dimensión!

Todos aguardaron el momento estelar del número, se hizo un silencio absoluto.

Se abrió la puerta despacio y apareció la mujer con la venda en los ojos, sólo que el cabello era de un blanco sucio y su rostro una calavera.

Avanzó unos pasos tambaleándose y cayó de bruces en medio de un grito general de angustia que llenó el salón.

Steve L. Doow se inclinó hacia ella rápidamente para ayudarla. Le quitó la venda y tuvo un movimiento instintivo de rechazo. A Jennie le ocurrió otro tanto.

Mistress Grace no era la misma que entrara apenas unos minutos antes; era como si hubiera estado enterrada diez años atando menos, a juzgar por su horrible aspecto.

El médico de la residencia, que se hallaba presente, corrió al escenario. Miró a aquel ser caído y luego al gran Sergio, al que increpó:

—¿Qué ha hecho usted? ¡Esta no es mistress Grace, esto es un cadáver que hace tiempo, mucho tiempo, que dejó de existir!

Casi tambaleante, el gran mago Sergio fue hacia la caja. Se metió dentro y comenzó a palpar las paredes como buscando un cuerpo vivo que no iba a encontrar.

Mientras, en el salón se escuchaban gritos y algunos de los concurrentes perdían el sentido. Se hallaban todos ellos demasiado cerca de la muerte.

CAPITULO III

Mistress Florence y mistress Amely, dos ancianas distinguidas, cuidadas, cargadas de arrugas en sus rostros que habían vivido mucho, charlaban excitadas mientras aguardaban sentadas en el saloncito; sin embargo, su tono de voz era bajo, como correspondía a su educación anglosajona.

—Parece mentira cómo consiguió engañamos a todos —comentó mistress Florence, la tía de James Adam Castle.

—Fue impresionante —aceptó su amiga y compañera de residencia—. En el primer momento,, ni el médico se dio cuenta.

—Mira, mira, ahí llega Grace con tu sobrino... ¿Verdad que Grace hasta se ve más joven?

Mistress Florence estiró el cuello como para mirar más alto, y a través de las gafas que se puso se fijó mejor en su amiga.

—Hum, parece que sí, pero mi sobrino sí que está guapo.

Los recién llegados se acercaron a las dos mujeres que esperaban. La llegada de James Adam Castle y mistress Grace no pasó desapercibida; de inmediato, todas las miradas convergieron especialmente en mistress Grace. Se adivinaba el ansia de preguntar en todos los presentes.

—Querida, ¿cómo ha ido todo?

—Muy bien. Estaba asustada, pero no me ha sucedido nada.

—El psiquiatra no utiliza el bisturí, tía Florence —observó el joven, que se quedó de pie mientras las tres ancianas se acomodaban.

—Explica, explica —le pidió mistress Emily.

Las orejas de todos semejaron estirarse para escuchar cuanto pudieran, pese al tono bajo y medido en que hablaban las tres amigas, refugiadas en la residencia como última morada antes de llegar a la definitiva.

—Os prometo que yo misma no me puse aquella careta con que me visteis.

—Y que nos engañó a todos —comentó Castle, tratando de dar un aire de broma a todo lo ocurrido.

—¿Quien te la puso entonces? —inquirió Florence.

—No lo sé. Yo entre en esa caja que más parecía un armario.

—A mí me pareció un ataúd —objetó mistress Amely.

—Por favor, no digas eso, me da escalofríos.

—Vamos, Amely, deja que hable Grace. Tiene tantas cosas que explicarnos, es excitante lo que le ha ocurrido.

—Oh, sí, ha sido maravilloso, fantástico, jamás lo hubiera creído. Como le he contado a la psiquiatra, entré en la caja y me quedé quieta. Luego, sentí que todo me daba vueltas. Yo, como recordáis, no decía nada, absolutamente nada. Y de pronto, la luz» que maravilla.

—No tiene por qué explicar nada —le observó James Adam Castle.

—Por favor. James Adam, ella puede hacer lo que quiera —le cortó su tía impaciente.

—No, si puedo hablar, el psiquiatra me ha dicho que puedo hablar lo que quiera, que me hará bien.

—¿Lo ves, James Adam? Ah, tú siempre quieres salirte con tus opiniones. La juventud no desea que los ancianos vivan con más interés. ¿No es cierto, Grace?

—James Adam no me ha molestado en absoluto, pero seguiré explicando. Como os decía, vi la luz y me encontré dentro de un palacio que se encontraba en una alta montaña desde la que se dominaba un valle espléndido.

—¿Cómo era el palacio? —preguntó mistress Amely.

—Maravilloso, a mí me recordó Versalles. ¿Os acordáis del salón de los espejos?

—Sí, claro —admitieron ambas al unísono.

—Pues muy parecido, con mucha luz. Yo era joven, mucho más joven, y sucedieron cosas fascinantes. Bailé, sí, bailé valses. Todo era tan hermoso...

—¿Con quién bailaste, querida? —le preguntó mistress Florence, intrigada.

—Pues no lo sé, sé que bailaba con alguien, pero no puedo deciros con quién. Recuerdo que me susurraron que en cada viaje hacia esa nueva dimensión, yo retrocedería diez años de mi vida. ¿Os dais cuenta? Es como si ahora tuviera ya cincuenta y cinco. ¿Verdad que parece que haya perdido diez años? Fijaos, fijaos en mis arrugas, tengo menos.

Mistress Florence y mistress Amely la observaron escrutadoramente.

—Pues sí, yo diría que parece tener menos arrugas —admitió Amely.

—Oh, querida, si que pareces rejuvenecida. ¿Y dices que puedes rebajar diez años más en cada viaje?

—Sí, sí, eso oí que me decían. Le voy a pedir al gran mago Sergio que me introduzca de nuevo en la caja para vivir otra experiencia maravillosa y, cuando salga, tendré el aspecto de como cuarenta y cinco.

—¿Y la cara de muerta que tenías al salir de la caja? —Le observó mistress Amely—. ¿No recuerdas lo que sucedió al final de tu digamos «viaje»?

—No, no muy bien. Sólo sé que oí la voz del mago llamándome para que regresara y comencé a verme envuelta en una niebla que cada vez se hacía más y más densa. Era como si me llamara desde muy lejos y de nuevo me vi en la oscuridad. Di unos pasos y me sentí muy marcada; recuerdo que me caí perdiendo el sentido. Menos mal que no me rompí un hueso, habría sido horrible.

—¿Y no te diste cuenta de cómo te ponían aquella horrible careta que te daba aspecto de calavera? —inquirió mistress Florence.

—No, no me di cuenta.

—Pues todos nos asustamos —dijo Amely—. No fuiste la única que se desmayó.

James Adam intervino, dando su opinión:

—El mago quiso ofrecer un impacto psicológico y lo consiguió, pero creo que no debió hacerlo en una residencia de este tipo.

—¿Una residencia de viejos y viejas decrepitas, James Adam? ¿Es eso lo que pretendes insinuar?

—No he dicho tanto, tía Florence, no he dicho tanto, simplemente que el aspecto de mistress Grace engañó a todo el mundo, hasta al propio doctor. Cuando se descubrió que sólo llevaba una careta con peluca incorporada, el doctor se echó a reír, pero el susto ya estaba dado.

—Yo, como no tenía ningún espejo delante, no me asusté... —confesó mistress Grace.

—Pero..., pero... —balbuceó, inquiriendo, mistress Amely—, ¿sólo hiciste que bailar en ese palacio?

Grace se echó a reír de una forma totalmente desacostumbrada, no sólo en ella, sino en el resto de los residentes en Autumn Flowers.

—¿Que te ha hecho gracia?

—Que yo en el sueño era joven, muy joven, ha sido delicioso. Como diría uno de esos muchachos que nos dan tanta lástima, ha sido un viaje magnífico, sólo que sin drogas.

—Grace, por favor, hablas de una forma, que se te podría tomar por una inmoral —le reprochó mistress Florence.

—Si lo pasó bien, ¿por qué ha de arrepentirse? —preguntó James Adam.

—No os pienso contar todo lo que sucedió, eso sólo se lo he dicho al psiquiatra que está acostumbrado a oír de todo. Os aseguro que no se ha espeluznado, aunque yo, como os podéis imaginar, estaba roja de vergüenza.

—¿Y después de eso, piensas repetir? —se asombró mistress Amely.

—Sí. Pienso buscar al mago Sergio y pedirle que me vuelva a meter dentro de la caja.

—No lo hará —replicó Florence.

—¿Por qué no?

—Porque esos hombres trabajan para ganar dinero.

—Yo puedo pagarle. Todavía no he muerto y mi dinero no lo han heredado mis sobrinos. Pienso aprovechar la ocasión, antes no había sospechado que podía ocurrirme una cosa tan estupenda.

—Bueno, tú no eres la única que podría pagar los servicios de ese mago que ha sido capaz de proporcionarte una satisfacción tan grande que incluso te ha rejuvenecido —le replicó mistress Amely, con cierta arrogancia.

Florence se encaró con su sobrino para preguntar:

—¿Tú no sabes cuánto podría cobrar por unos servicios privados?

—No, no tengo ni idea. De todos modos, pienso que es un charlatán de escenario, aunque llevaba una acompañante maravillosa.

Amely objetó:

—Demasiado joven para él.

—¿Qué os parece si formamos un pequeño grupo interesado por la magia blanca para contratar al gran mago Sergio o a otros como él?

—La idea de Amely me parece buena. ¿Y a ti, James Adam?

Antes de que el joven pudiera responder, uno de los residentes se acercó con la sonrisa fría, muy propia de su raza, y preguntó:

—¿Podría yo pertenecer a ese grupo interesado en los fenómenos de la magia blanca? Disculpen, sin querer he oído lo que hablaban y...

Se le quedaron mirando y antes de que pudiera contestar algo se acercaron dos más. Todos los que allí estaban podían considerarse libres de problemas económicos.

James Adam dijo, encarado con su tía:

—Parece que la idea de formar un grupo tiene éxito. Ese charlatán de la magia supo convenceros.

—Eres un escéptico. James Adam —le objetó mistress Grace—. Yo me siento más joven que si hubiera pasado por la clínica de la doctora Ana Asían y por un quirófano de cirugía estética. ¿Quién puede negar que parece que tengo diez años menos? —miró a todos con desafío.

—Me temo que le van a dar un alegrón. En fin, si les puedo servir de relaciones públicas, estoy a su disposición.

—Bien, pues fundemos la agrupación o asociación —dijo con empaque mistress Florence.

Antes de que nadie pudiera añadir algo, lo hizo mistress Grace, que puntualizó:

—Yo pagaré lo que sea por volver a vivir aquel maravilloso viaje a otra dimensión del que he regresado más joven, incluso estoy pensando que puedo abandonar esta residencia. Me siento como desplazada aquí; quizá si me voy pueda regresar dentro de diez años.

Todos menos James Adam Castle la miraron con una envidia que afloraba a sus rostros y que no podían ni querían disimular.

CAPITULO IV

El cementerio no estaba abandonado. Era un lugar cuidado, un campo de reposo eterno, un recinto al que acudían regularmente los seres vivos para depositar flores a los que ya sólo vivían en sus recuerdos.

Steve L. Doow estacionó su coche en un lugar discreto, de forma que no llamara la atención. Del vehículo sacó una escalera telescópica y una bolsa que parecía pesar considerablemente y que cargó a la espalda gracias a una cinta o correa que le permitía llevarla en bandolera.

Cargado como iba, cruzó por entre unos árboles hasta que llegó al muro del cementerio. Alargó la escalera hasta alcanzar lo alto del muro; la aseguró con unos tornillos y trepó por ella. Luego, alzó la escalera, la colocó por el lado interior y descendió.

La luna era grande, hermosa, una luna avasalladora que hacía innecesaria cualquier luz artificial para desenvolverse en la noche.

Se vio rodeado de cipreses y setos bien recortados. Había visto ya varios cementerios en la noche y aquél no era precisamente de los descuidados.

Los caminos estaban cubiertos de gravilla gris blancuzca, limpia de malas hierbas.

Steve L. Doow no se sobrecogía fácilmente dentro de un cementerio, aunque se sintiera sólo en la noche.

Se apartó de la escalera y avanzó por los senderos. A su alrededor, sólo el más absoluto silencio. No había ni lechuzas que pudieran sobresaltarle con sus sonidos quejumbrosos; no las había porque el cementerio estaba desratizado y allí no había posibilidad de caza para el ave nocturna.

Había ido durante el día para buscar y orientarse, por eso ahora no tenía problemas para llegar a su objetivo. Una pesada lápida de granito cubría el suelo.

—Christopher Hower Spellman —musitó Steve L. Doow, leyendo la inscripción—. Te ha llegado el turno, fuiste un asesino en tu vida y la justicia no pudo ahorcarte. Supiste llegar a viejo y morirte en la cama como tantos otros criminales, desgraciadamente. La gente piensa que los asesinos pagan de una forma u otra por sus culpas, pero, qué equivocados están. Hay más que escapan que pagan, aunque en algunos países esa proporción no es exacta. En toda la Tierra son muchos más los que merecen un castigo y no lo reciben, que los que lo reciben; claro que, algún día puede llegar alguien como yo. Pero basta de palabras, Christopher Hower Spellman, asesino de mujeres...

Se quitó la bolsa y la chaqueta oscura. Debajo llevaba una chaqueta también oscura que no le delataba en la noche.

Del interior de la bolsa sacó un polipasto de madera que sujetó en un ciprés, lo más alto que pudo. Pasó la cuerda cuyo cabo ató a las argollas que tenía la lápida y regresó junto al ciprés.

Comenzó a estirar de la cuerda que hada rodar los ejes del polipasto y que

se fue tensando hasta que ofreció una sólida resistencia. Steve L. Doow continuó empleando sus esfuerzos en estirar de la cuerda y la pesada lápida de granito se movió, separándose cada vez más del marco de la cuerda que cubría.

Siguió alzándola hasta que quedó apoyada en uno de los lados e inclinada en un ángulo de unos sesenta grados con respecto al suelo. Había espacio más que suficiente para trabajar.

Sin soltar la cuerda, rodeó el ciprés enrollando la cuerda al tronco del mismo para que la piedra no volviera a descender, cubriendo de nuevo la tumba. Anudó la soga y soltó el cabo, soplando en sus manos, en las que notaba un escozor causado por el esfuerzo.

En realidad, tal como había quedado, la lápida semejaba una trampa para cazar alimañas. Era como si dentro de la tumba hubieran colocado una carnada y, para buscarla, cualquier animal tendría que penetrar forzosamente en la tumba. Se rompería la cuerda en el momento justo y caería la pesada lápida, atrapándole e impidiéndole huir; mas en aquellos momentos, el cazador no podía ser el cazado.

Por todo el cementerio había caído un rocío que empapaba las hojas de árboles y setos, incluso había oscurecido la tierra y mojado la hierba.

No hacía frío, pero cualquiera en el lugar del gran mago Sergio habría quedado estremecido por los escalofríos.

El haz luminoso de una pequeña linterna desplazó el manto de sombras que llenaba la tumba, una tumba de ladrillo y cemento, no demasiado profunda.

Dentro, situado sobre unos soportes de hormigón para que no tocara el suelo directamente, había un ataúd de madera rojo oscura, un ataúd caro que se conservaba en perfecto estado; ni siquiera el brillo del barniz había desaparecido.

—Tendré que ir a buscar la escalera —se dijo, al comprobar la profundidad a que estaba colocado el féretro.

Sin tocar nada de tal como lo había dejado, fue a por la escalera. Cargó con ella y regresó a la tumba. La deslizó hacia el interior, puesto que el ataúd no tocaba el suelo ni paredes, y descendió hasta el fondo del sepulcro.

Con sarcasmo, un sarcasmo que quienes le conocían personalmente no podían llegar a suponer en él, Steve L. Doow golpeó con los nudillos sobre el ataúd.

—¿Estás ahí, Christopher?

Como era lógico, el más absoluto silencio le respondió.

Entonces, sacó un juego de ganzúas y hurgó en la cerradura del féretro. Era una cerradura de calidad, como el propio ataúd, lo que hizo mascullar al ladrón de tumbas nocturno.

—Te resistes, ¿eh, Christopher? Tú que fuiste un asesino, te pudiste pagar un buen ataúd. Si hubieras podido, te habrías pagado una caja de oro, claro que ya te la habrían robado. En este cochino mundo, todos somos ladrones,

pero tú ya estás en la otra dimensión. ¿Cómo se vive en la ultratumba, Christopher?

Al fin, el cierre cedió y Steve L. Doow lanzó un largo suspiro. Estaba sudando. Allá abajo, en el fondo de la tumba, se respiraba una gran humedad, una humedad mohosa que se filtraba por las paredes. Era como si la tierra que estaba al otro lado de los ladrillos y el cemento reclamara su presa.

Quitó los cierres accesorios y al fin se decidió a alzar la tapa que ofreció una ligera resistencia. Una vaharada de humedad le dio en el rostro, pero estaba dispuesto, preparado para resistirla, no era la primera tumba que abría.

Iluminó el cadáver con su linterna.

No había sido enterrado con traje, sino con un sudario de seda auténtica que ahora ofrecía un color blanco amarillento.

La calavera que asomaba por el extremo superior del sudario impresionaba, había como un halo de maldad en torno a ella, quizá fuera la luz escasa de la linterna que manejaba Steve L. Doow. Conservaba restos de cabellos y tenía los dientes separados.

—Se terminó tu descanso.

Hundió los dedos en las cuencas vacías de los ojos a modo de garfio y estiró de ella, mas ofreció resistencia al ser arrancada del tronco. Era como si una fuerza emanara de la columna vertebral en la que aún debían de quedar restos orgánicos.

—Maldito, no quieres ser mi esclavo, ¿verdad? Pues no tendrás escapatoria.

De pronto escuchó un ruido sospechoso que obligó al hombre a mirar hacia lo alto. Vio el ciclo estrellado, parte de la luna y la gran losa granítica que semejaba moverse como para caer y taparle, dejarle encerrado allí para el resto de sus días que habrían de ser muy pocos.

Si gritaba, ¿quién le iba a oír en la pequeña ciudad del silencio, donde no había orejas vivas que pudieran escuchar? Y si alguien pasaba cerca, ¿qué haría al captar una voz que salía del interior de una tumba? Quizá la soga pudiera delatar algo anormal, pero lo más sensato era salir pronto.

Forcejeó con la calavera, que seguía resistiéndose. Al final, la arrancó.

Ya con la calavera en la mano, Steve L. Doow se echó a reír. Trepó por la escalera y salió de la tumba, volvió a mirar la calavera, abrió la bolsa y de ella extrajo otra calavera. A la luz del plenilunio, las miró comparándolas.

—No os parecéis en nada. Ambas sois calaveras, sólo que una es de yeso pintado y la otra es tu calavera auténtica, Christopher, el hombre que supiste burlar la justicia y como a la mayoría de los generales, la muerte te sorprendió en la cama y no en el patíbulo.

Guardó la calavera robada y volvió a descender al interior de la sepultura. Depositó la calavera artificial en el lugar de donde arrancara la auténtica.

—Nadie descubrirá la suplantación, aunque abra la caja.

Cerró el ataúd y de nuevo forcejeó con la cerradura hasta comprobar que había quedado bien cerrada.

Trepó por la escalera que luego sacó del interior de la sepultura y regresó al ciprés. El polipasto no tardó en girar y la lápida fue descendiendo hasta cubrir por completo la tumba. Nadie notaría el expolio del cadáver.

Cargado con la bolsa y la escalera, regresó al muro y trepó por la escalera. Estaba ya sobre el muro, preocupado de pasar la escalera al otro lado para bajar sin peligro, cuando escuchó como un rugido que se extendió por todo el cementerio.

Quedó quieto y luego se dijo:

—Sólo es el viento...

No hacía viento.

Se alejó del camposanto que acababa de profanar y el automóvil se alejó con un rugido fuerte que turbó la paz de aquella noche de luna llena en la que un cadáver ya esquelético había tenido que soportar la violación de su tumba y el expolio de su calavera.

CAPITULO V

—No está.

James Adam Castle no parecía dispuesto a abandonar el umbral de aquel chalecito de clase media sin pretensiones ni lujos, un chalet que un día fuera atractivo, pero que había sufrido un evidente abandono y al que le hacían falta muchas reparaciones y mejoras en general. En él se notaba el paso del tiempo.

—¿Cuándo regresará?

—No lo sé, está de viaje.

—Pero no estará actuando, porque usted está aquí.

Jennie forzaba una suspicacia que en el fondo no sentía hacia aquel joven y alto que la atraía, por ello no había cerrado la puerta en las narices de su visitante.

—El gran mago Sergio actúa con usted de acompañante.

—Sí, claro.

—¿Y también viven juntos?

—Por supuesto.

—Es usted muy joven.

Jennie se le quedó mirando con fijeza. Dentro de ella se desató una corta lucha que culminó en una carcajada.

—¿Qué le hace reír tanto?

—Que a lo peor piensa que el gran mago Sergio y yo somos amantes.

—O marido y mujer.

—¿Usted cree, con la diferencia de edad que existe entre ambos?

—Hay muchos casos con más diferencias aún.

—Si está empeñado en hacer de detective, no me importa decirle que el gran mago Sergio es mi padre.

—Vaya, consigue usted que me avergüence.

—¿Por haberse pasado en sus apreciaciones libidinosas? —Por mi torpeza, simplemente. Debí suponerlo, aunque imagino que se parece usted más a su madre que a su padre.

—Mamá murió hace tiempo; ella acompañaba antes a mi padre, ahora lo hago yo.

—Pues debo felicitarla, puesto que lo hace estupendamente. Tiene usted encantos femeninos sobrados para que los espectadores nos fijemos más en usted que en los movimientos de su padre.

—En secreto le confesaré que esa es la intención de mi padre.

—Bueno, si deja que pase al interior, podemos seguir hablando.

—Sí, claro, pase. Mi padre no quiere que reciba visitas en su ausencia, pero haremos una excepción. No tiene usted cara de ser un atracador ni un sátiro.

—Nunca se sabe, nunca se sabe; pero trataré de hacer honor a esa confianza.

Entre ambos jóvenes acababa de establecerse una corriente de simpatía.

—Supongo que le habrá traído un motivo importante.

—Sí, bueno, no es importante para mí, sino para quienes represento.

—Ah, ¿representa a alguien, acaso a alguna casa comercial?

—Oh, no. ¿Permite que fume?

—Naturalmente.

Sin prisas sacó un cigarrillo y lo encendió antes de explicarse ante la muchacha que por su aspecto físico parecía tener algunos años más de los que realmente tenía.

—Me han escogido como relaciones públicas de una asociación recién nacida interesada por la magia blanca.

—¿De veras?

—Sí, y no he podido eludir el cargo.

Jennie, siguiendo el mismo tono de broma que empleaba James Adam Castle, preguntó:

—¿Y por qué?

—Porque la vicepresidenta primera me lo ha exigido.

—¿Tanto poder tiene la vicepresidenta primera?

—Es mi tía, para mí, como una madre, no puedo negarle los favores que me pida. Si me negara, diría que se mucre de congoja por mi causa y no quiero ser responsable de su muerte.

—¿Su tía es residente del Autumn Flowers?

—Así es.

—Me pareció verle en la sala de actos cuando mi padre actuó.

—Sí, estaba allí por petición de mi tía.

—¿Tanta influencia tiene sobre usted?

—Sí, ya me ha especificado hasta el tipo de flores y la periodicidad con que debo llevárselas a la tumba. Le parecerá humor negro, pero es real.

—Entonces, no bromeo más.

—Sí, sí, puede bromear cuanto quiera. Por cierto, ¿te importa que nos tuteemos?

—No, no me importa.

—¿Quieres fumar?

—No, gracias.

—Verás, iré al grano. Todos los componentes de esa asociación son personas de cierta edad.

—¿Todos residentes en Autumn Flowers?

—Sí, todos menos yo, que como tengo cierta movilidad, me han pedido que haga algunas gestiones. Yo sólo voy por allí para ver a mi tía, y no para que luego me deje una herencia. Le tengo aprecio pese a sus caprichos y extravagancias, como ésta de fundar con sus amigas la asociación de amigos de la magia blanca.

—¿Tú no estás de acuerdo con eso de la magia blanca?

—Con perdón, me parece una tontería.

—¿Y la magia negra?
—Otra tontería, pero con más malignidad.
—¿Y si la magia negra fuera cierta?
—¿Tú crees en ella?
—Veo que no llegaremos a ninguna parte. Ve al grano, mi padre puede regresar de un momento a otro.
—¿Se molestará si encuentra a un desconocido, en su casa, con su hija?
—No creo, mientras sigamos aquí —dijo ella hábilmente.
—La asociación que represento desea contratar al gran mago Sergio para algunas actuaciones.
—¿Por qué no van a buscar a su agente?
—No se trata de ningún festival ni nada parecido.
—¿De qué se trata, entonces?
—La actuación en la residencia de ancianos impresionó mucho a los residentes.
—Fue un golpe de efecto propio de un mago de primera categoría, a mí misma me impresionó.
—Estuvo a punto de provocar un escándalo colectivo, hubieron desmayos y crisis nerviosas.
—Mi padre advirtió por anticipado que podía herir la sensibilidad de las personas.
—Sí, pero nadie esperaba lo que sucedió, ni siquiera mistress Grace, que no supo nunca cómo se colocó la careta que la hizo parecer un cadáver.
—Yo no le pregunto a mi padre cómo hace sus trucos, ningún mago quiere explicarlos.
—Eso lo comprendo, pero yo estoy seguro de que lo que sucedió fue más que un simple truco.
—Entonces, ¿crees en la magia con mayúsculas?
—No, pero el doctor dijo que dentro de la caja pudo haber algún tipo de droga que mistress Grace pudo aspirar.
—¿Has venido a quejarte?
—No, no deseo discutir. El caso es que mistress Grace cree haber rejuvenecido en ese viaje a la otra dimensión y quiere repetirlo, lo mismo que otros miembros de la asociación, que quieren probar también.
—¿Y no se rejuveneció acaso?
—Pues, quizá sí, pero eso es algo que escapa a mi comprensión.
Se abrió la puerta y Steve L. Doow entró en la casa. Llevaba en la mano una bolsa de lona plastificada que ocultaba su contenido.
—Jennie...
—Papá —le besó en ambas mejillas—. El caballero... ¿Cómo ha dicho que se llama?
—James Adam Castle.
Steve L. Doow lo miró interrogante y a la vez suspicaz, parecía tener prisa por ir a alguna parte. La bolsa en la mano se balanceaba ligeramente.

—Viene en representación de una asociación de amigos de la magia blanca y quiere contratarte para unas galas, papá.

—¿Asociación de amigos de la magia blanca? —repitió Steve L. Doow.

—Es un nombre pomposo, que queda bien, aunque supongo que ninguno de los asociados sabe lo que es la magia blanca, la negra ni la amarilla.

—Bien. ¿Dice que quieren contratarme unas galas?

—Así es.

—Tengo mi representante en...

—Me parece que lo que desea esa asociación, compuesta por muy pocos miembros, son unas sesiones privadas que no deben trascender. Abonarán sus honorarios, pero preferirán que se realice todo de una forma discreta e intima.

—Comprendo, aunque si son pocos espectadores, puede resultarles gravoso.

—Lo pagarán, no lo dude, pero si no encuentran...

—¿ni qué? —preguntó desafiante el mago.

—Pues lo que parece que usted puede ofrecerles, entonces no le contratarán otras galas.

—¿Puede decirme qué es lo que esperan de mí sus representados?

—Un viaje maravilloso, no sé adónde, y rejuvenecimiento.

—Si esperan eso de mí, mucho más de lo que podrían obtener de un ilusionista cualquiera, todo se hará según yo lo indique. Lo que me piden, no es ilusión, sino magia verdadera.

—Si usted lo dice...

—Papá, James Adam es un escéptico... —terció Jennie.

—Lo comprendo porque él es muy joven y fuerte. Cree que puede vencer cualquier obstáculo que se le presente, pero los residentes del Autumn Flowers no tienen esa fuer/a, esa juventud, y frente a ellos se perfila ya ese obstáculo invencible que es la muerte.

—Comprenda que un joven no ve las cosas desde el mismo punto de vista que unos ancianos.

—Usted piensa que yo puedo embaucarlos con el mito del rejuvenecimiento, ¿verdad?

—Como usted ha dicho, el mito del rejuvenecimiento ha sido manejado por embaucadores a lo largo de toda la historia de la humanidad.

—¿Y no cree que ese rejuvenecimiento han podido disfrutarlo algunas personas?

—Por lo que yo sé, sólo se rejuvenecen los que se hacen cirugía estética, un trasplante de cabello o se pasan horas en manos del esteticista; pero es un rejuvenecimiento de fachada, por dentro siguen igual.

—Es posible que algún día se convenza de lo contrario. Respecto a la asociación que representa, déjeme un número de teléfono al que poder llamar y ya le diré lo que deba hacerse, incluso mis honorarios. Ahora tengo trabajo, usted disculpe. Jennie, tómale la tarjeta.

Poco más tarde, James Adam Castle abandonaba el chalet. Junto a la

puerta se hallaba aparcado el automóvil del gran mago Sergio. Dentro de él, una escalera plegable. Castle se detuvo, encendió un cigarrillo, expulsó el humo y antes de volver a caminar, volvió la cabeza hacia la casa. En una ventana descubrió los ojos de Jennie.

CAPITULO VI

Jennie escuchaba atenta, con el auricular del teléfono pegado al oído. La voz varonil de James Adam Castle casi hacía el efecto de una droga al introducirse en su cerebro, sudaba todo su cuerpo y hasta variaba los pálpitos de su corazón.

—¿Te encontraré?

—¿Cuándo?

—Esta noche, en la dirección que me ha dado tu padre.

Jennie parpadeó, un tanto desconcertada.

—¿Qué dirección?

—Pues, la del mil cuarenta y tres de Liverpool Road.

Hubo un corto silencio por parte de la muchacha.

—¿Estás ahí, Jennie?

—Sí —dijo sin entusiasmo.

—Jennie, ¿no sabias nada?

—Pues... Disculpa. James Adam, viene mí padre. Cuelgo.

Sin más explicaciones, colgó; se sentía molesta.

Se dirigió al despacho de su padre, una estancia amplia donde tenía una mesa escritorio que no utilizaba demasiado, pero frente a ella había repetido, una y otra vez a lo largo de su vida, sus trucos y malabarismo!» hasta conseguir dominarlos.

En aquella ocasión, su padre estaba ante el escritorio consultando un libro muy grueso y que debía de ser muy antiguo, un libro que Jennie no había visto antes. Era un volumen que habría destacado en seguida a su curiosidad por su tamaño, por su forma.

—Papá...

Steve L. Doow alzó la cabeza y, al mismo tiempo, cerró el libro. No había naturalidad en su forma de actuar y Jennie se percató de que el no deseaba que ella viera lo que estaba leyendo.

—¿Qué quieres, Jennie?

—Papá, ¿adónde vas esta noche?

—¿Esta noche?

—Papá, esta noche vas a Liverpool Road, ¿no es cierto?

La miró con intensidad, interrogante; luego, exhaló un suspiro de cansancio.

—¿Te lo ha dicho ese joven. James Adam?

—Papá, ¿por qué me lo has ocultado?

—Porque a esa sesión no vendrás tú.

—Soy tu ayudante, lo dijiste.

—Sí lo dije, pero en esta ocasión es diferente.

—¿Por qué? ¿No ocupo el puesto de mamá?

—Sí, claro.

—Pues mamá hubiera ido.

—No lo sé. Cuando vivía tu madre no hacía la clase de sesiones para las que me he preparado ahora. Todo ha cambiado, Jennie, ya te lo dije. Lo que antes tenía interés, ya no lo tiene, he cambiado.

—Bien, has cambiado tus números, pero yo puedo seguir ayudándote lo mismo.

—No.

—¿Por qué?

—Es mejor que aceptes mis razones y no me obligues a imponértelas, Jennie. Somos padre e hija, pero seamos también amigos.

—Somos amigos, papá, lo somos, pero no comprendo por qué no dejas que te ayude. Me sacaste del internado.

—Fue por problemas económicos. El internado es demasiado costoso para el dinero que me queda. No sé si sabes que llegué a hipotecar esta casa y pago con dificultades los intereses.

—Ahora vas a ganar dinero, papá. Te pagan más, ¿no es cierto?

—Sí, pero sólo es el principio, yo no sé si esto puede tener prolongación. He conseguido captar la atención de algunas personas, si todo va bien habrá más. Sé que hay gentes que se interesan por lo que yo pueda darles.

—No me quejo de haber salido del internado, prefiero estar afuera contigo, en el mundo libre, el internado es como una cárcel. Me gusta mucho la libertad, pero también quiero ser útil.

—Ya lo eres y lo serás más en el futuro, pero no quiero mezclarte en este asunto, te pido que permanezcas al margen.

—¿Tiene algo que ver con lo que hiciste en el cementerio?

Steve L. Doow volvió a dudar antes de responder, al fin, con expresión pesarosa, musitó:

—No debí llevarte a aquel cementerio.

—Papá, ¿recuerdas cómo me encontraste?

—Desmayada. Saliste del coche y te afectó ver el cementerio de noche y en luna llena. Por culpa mía, debí traerte a casa y...

—¿Visitar el cementerio otra noche?

—Quizá.

—¿Qué tenias que hacer allí?

—No te lo puedo contar.

—¿Por qué? ¿Qué hay de malo en ello?

—Puede que nada y puede que mucho. Creo que ya hemos hablado demasiado.

—Papá, ya no soy una niña.

—No, no eres una niña, sólo hay que verte cuando te pones los vestidos de tu madre y sales al escenario, pero esto es distinto.

—¿Por qué, ¿Harás algún número macabro?

—Puede ser. Tú no comprendes nada aún sobre los deseos ocultos de las personas mayores. Tú, como quien dice, llegas ahora a la vida, eres como un

capullo que se abre. Ellos ya están cerca de la muerte y quieren cosas, situaciones que les hagan vivir, porque ya han perdido la esperanza. Jennie, por favor, no me compliques la vida.

—Papá, si te hago una pregunta, ¿me la responderás sin molestarte?

—¿Una sola pregunta?

—Sí.

—De acuerdo. Luego, te irás de mi despacho y no hablaremos nada más hoy.

—Papá, ¿haces satanismo?

—Te seré sincero; doy la impresión de hacerlo, pero sólo es truco. Si los demás quieren creerlo, es cosa suya. Yo no creo en el satanismo, me rio de todas esas cosas, pero daré la impresión de que sí creo. Hay que cuidar iodos los detalles, cuanto más teatro, más me creen. Yo sé cómo tratar al público.

—Y si todo es truco, si todo es mentira, ¿por qué no me dejas ir contigo?

—Jennie, las cosas siempre se pueden complicar. Nunca se sabe cómo va a reaccionar alguno de esos ancianos en un ataque de nervios o de histeria.

—¿Y lo que sucedió a la mujer que metiste en la caja?

—Esa ya es una tercera pregunta, te he prometido contestarte a una y lo he hecho a dos, no me pidas otra.

—¿Y si yo te dijera que tú fuiste el primer sorprendido de lo que sucedió?

Steve L. Doow se quedó mirando a su hija con mucha fijeza, casi con desconcierto. También había algo de temor en sus pupilas en aquel momento.

—Me asombras, Jennie.

—¿Por qué, papá?

—Has crecido tan de prisa que me desconciertas, ya no eres la niña que dejaba en el internado, la niña a la que enviaba regalos.

—Ya te he dicho, papá que soy una mujer.

—Sí, sí, ya lo veo. Por favor, no sigamos hablando, tengo jaqueca y no deseo tomarme ningún fármaco. Deseo estar lúcido esta noche.

—Como desees, papá. Cuando desees hablarme, yo te escucharé.

Jennie abandonó el despacho. Steve L. Doow se quedó de nuevo solo, abrió el libro y dijo para sí:

—Qué ironía. En vez de ofrecerle mi ayuda yo a ella, ella me la ofrece a mí, y lo malo es que quizá si ella sea más fuerte que yo. Aunque siempre permanecía en segundo plano, Marta también era más fuerte que yo, aunque con mucho tacto no me lo hacía notar. Cuando Marta me dejó, yo comencé a perder prestigio. Ahora está Jennie, y se parece tanto a Marta, tiene su carácter.

Dejó de pensar en él y centró su atención en el dibujo que había en la hoja del libro, un dibujo que representaba la colocación ritual de unas calaveras.

No era fácil traducir aquel lenguaje hermético escrito en letras góticas, encima, debajo y en torno al dibujo, un verdadero necroprograma.

CAPITULO VII

El microbús circulaba rápido, perforando la noche con sus faros.

El vehículo había sido rentado en la propia residencia Autumn Flowers por aquella pequeña asociación nacida hacia pocos días y que habían dado en llamar «Amigos de la magia blanca».

James Adam Castle conducía el microbús que iba completo con ocho de los residentes del Autumn Flowers. Cinco eran mujeres y el resto hombres.

Los ocho barajaban en sus mentes ilusiones, deseos, esperanzas para escapar del tobogán descendente en que estaban resbalando hacia la muerte que ya veían cerca, sin fuerzas físicas para oponerse a ella.

La mayoría de ellos, en sus aburridas tardes en la residencia, se habían sumergido en los recuerdos de los días vividos para no mirar el escaso futuro que les quedaba, un futuro lleno de achaques, de cama, insuficiencias, decrepitud, somnolencia degradante, de un morir día a día. Les quedaban pocas satisfacciones físicas que consumir. El sexo ya era sólo una ilusión fuera de su alcance y la gula la pagaba cara por su hígado o el estómago. Y el corazón tampoco respondía como era de desear.

—¿Falla mucho, James Adam?

Quien había preguntado era Florence, la tía del joven que se había prestado a llevarles al lugar donde tenían que encontrarse con el gran mago Sergio.

—No, no debe de faltar mucho.

Por la carretera se iban cruzando con otros vehículos que les deslumbraban con sus haces de luz.

James Adam captaba aquella sensación de ansiedad que palpitaba en cada uno de los ancianos que transportaba en el microbús. Estaba seguro de que los iba a poner en manos de un embaucador oportunista que sólo deseaba lucrarse a costa de su ansiedad, de los deseos y frustraciones de aquellos hombres y mujeres que ya no caminaban hacia la muerte, sino que la esperaban sentados en sus butacas, unas butacas que se deslizaban rápidas hacia la tumba. Pero ¿qué podía hacer él? ¿Desilusionarles? Era inútil, no iban a creerle porque él era todavía joven y tenía toda la vida por delante.

El gran mago Sergio sacaría un buen dinero de aquella situación, pero tampoco sería nada grave. Cada uno de los ocho ancianos que transportaba poseía una fortuna propia y eran fortunas tan considerables que si por una acción diabólica regresaran a la juventud, podrían vivir sin problemas económicos, disfrutando de todos los placeres, y ellos lo sabían, por eso se amargaban más. Poseían medios económicos sobrados, pero estaban en las postrimerías de sus vidas.

Disminuyó la velocidad y se fijó en la numeración colocándose al margen de la carretera. Todos estaban excitados, faltaba poco para llegar.

James Adam sacó de la carretera el microbús y rodó junto a unos árboles hasta enfrentarse con una puerta de hierro que se hallaba abierta.

—Ya hemos llegado.

Todos se movieron como si sintieran una súbita picazón en sus cuerpos.

El vehículo hizo un giro de noventa grados y pasó por entre la doble puerta de hierro. Se introdujo en un amplio jardín, tan descuidado que más parecía un bosque sin limpieza.

Había árboles que hacía años que no fueron podados y sus copas se mostraban hostiles a quienes quisieran pasar entre ellas. El camino era de tierra y estaba lleno de socavones. La negrura sólo era desgarrada por los faros del microbús.

—Que tétrico es esto —murmuró mistress Florence.

Uno de los varones ancianos, comentó:

—Parece abandonado.

—Deben haber escogido el marco ideal para la magia —casi se mofó James Adam. Se dio cuenta de que no apreciaban su ironía, los ocho estaban ansiosos de entrar en acción.

La masa negra de la casa apareció ante ellos. Era una mansión fea y oscura, poseía planta, piso y desván, con un tejado muy inclinado y las ventanas eran tan negras que semejaban cuencas de ojos vacías, sin vida. Se olía a muerte, no es que hediera a cadáver, sino que aquella casa poseía el marchamo de la muerte.

Detuvo el microbús frente a la casa, iluminando la entrada con sus faros y tocó el claxon por dos veces para evidenciar sonoramente su presencia.

—¿Bajamos ya? —preguntó mistress Grace.

—Un momento, un momento, esperemos —pidió James Adam.

Se abrió la puerta de la lúgubre mansión y en el umbral quedó enmarcado un hombre.

—Es el gran mago Sergio —dijeron las mujeres, excitadas.

Steve L. Doow semejaba más alto. Vestía frac, sin sombrero, pero llevaba una larga capa oscura con forro granate. Parecía sacado de otro tiempo, de otra época.

En su diestra sostenía un candelabro con tres velas rojas encendidas, cuyas llamas oscilaron a causa de la brisa que era muy suave, pero que ya no quedaba detenida por los muros de la casa.

No le hizo falta decir nada para que las puertas del microbús se abrieran y descendieran del vehículo los amigos de la magia blanca.

Se dirigieron hacia la puerta. El mago cambió el candelabro de mano y fue estrechando ceremoniosamente la diestra de los caballeros recién llegados y besó la mano de las damas. Aquel recibimiento agradó a todos, pese a la sensación de abandono de la casa y lo lúgubre de su aspecto.

—Bien venidos, bien venidos...

—Ha escogido un lugar ideal para la magia —rezongó James Adam al llegar a su altura.

—Sí, es un lugar apropiado para lo que los amigos de la magia desean.

—Bien, veremos qué tal va todo.

—No, por favor —Steve L. Doow le detuvo con un gesto de su diestra.

—No, ¿qué? —preguntó James Adam, un tanto desconcertado por aquella negativa.

—Será mejor que usted espere fuera.

—¿Por qué?

—Su presencia no es conveniente en la sesión.

—¿Teme algo de mí?

—Digamos que su presencia escéptica puede romper el equilibrio.

—¿Magnético? —preguntó, irónico e incrédulo.

—Sí, y de comunicación. Su presencia puede impedir que los invitados consigan lo que desean.

—¿Invitados o paganos?

—Ya veo que no soy de su agrado.

—Me parece que es usted un embaucador.

—Los que me han contratado por su mediación no opinan lo mismo.

—Sí, de eso se aprovecha usted.

—Piense lo que quiera, no voy a discutir, pero quédese en el microbús como si fuera un chófer formal. Cuando todo termine, se lleva a los invitados de regreso a su residencia.

—¿Y si entro?

—Será una pena, pero daré por terminada la sesión. Los 48 — invitados se sentirán muy defraudados a causa de su intromisión, porque usted será el culpable.

—Veo que no me queda otra solución que esperar.

—Así es.

—Pues que tenga suerte. No es mi propósito estropearles la fiesta a los viejos.

El mago se apartó de James Adam. Se introdujo en la casa y cerró la doble hoja de madera. El joven regresó al microbús.

La mansión tenía un vestíbulo espacioso, una doble puerta daba a un salón no muy grande. Evidentemente, era una casa antigua que ya soportaría uno o quizá dos siglos sobre sus cimientos.

El abandono era general, absoluto. Las paredes tapizadas con tela mostraban múltiples desgarros y desconchados. La humedad brotaba por todas partes. Se notaba la falta de muebles, las huellas de su presencia quedaban marcadas en las paredes con las diferencias de coloridos, pese a la escasa y vacilante luz de las velas, pues, al parecer, la mansión carecía de luz eléctrica.

El grupo de los llamados amigos de la magia blanca se hallaban un tamo intimidados y se habían agrupado para estar más cerca los unos de los otros, como buscando una mutua protección, una ayuda.

Era razonable su desconfianza. Una escalera, a su izquierda, conducía a una balaustrada alta. Los peldaños tenían jirones de alfombra.

Había unas butacas colocadas en forma de herradura y encaradas frente a

un cortinaje espeso, rojo oscuro, que iba de un lado a otro de la pared, ocultando una parte del salón como si aislara un ábside que se adivinaba detrás de las cortinas.

Al llegar a ella, dio media vuelta, siempre sosteniendo el candelabro entre las manos, candelabro que no era el único encendido. Las llamas estiradas, muy largas, como finos puñales de luz, apuntaban al techo, unas cuñas de luz que terminaban en casi imperceptibles penachitos negros.

Para los ancianos, aquél debería ser el escenario donde actuaría el gran mago Sergio, el cual avanzó entre las butacas hacia las cortinas.

—Ladies and gentlemen, tomen asiento, por favor.

Hubo un inicio de cuchicheo que murió por sí mismo, no llegó a cuajar. Cada cual escogió una butaca, mirando en derredor, y se fueron sentando. Mistress Florence, antes de encajar su cuerpo en la butaca, preguntó:

—¿Va a hacer su actuación aquí?

—Si, por supuesto, de lo contrarío no les habría citado en este lugar.

Uno de los ancianos que tenía toda su piel rugosa en rostro y manos, que no podía evitar un continuo temblor en su barbilla y también en los dedos, pero que debía conservar su mente todavía muy lúcida, le hizo observar:

—Le hemos contratado para algo más que un juego de manos, supongo que usted ya lo sabe.

—Sí, por supuesto que lo sé. Esto no es un teatrito ni tampoco he traído conmigo a ninguna bella acompañante que les distraiga. Están ustedes en la mansión de Christopher Hower Spellman. —Hizo una pausa y luego añadió —: Imagino que no saben quién es, es decir, quién fue. Yo les puedo decir que Christopher Hower Spellman fue un perverso asesino que consiguió escapar a la justicia y murió en la cama rodeado de gente que si bien no le apreciaba, sí estimaba la herencia que podía dejarles.

—¿De verdad que Christopher Hower Spellman fue un asesino que escapó a la policía? —preguntó mistress Amely.

—Sí. No se le pudo probar nada, pero yo sé que fue un asesino, por eso he rentado esta casa, la casa donde el asesino fraguaba sus crímenes. Esta mansión está llena de los efluvios sádicos de un hombre que mató a siete niñas y las enterró. Sus cadáveres jamás fueron encontrados, quizá las enterró vivas. Oficialmente las niñas se dieron por desaparecidas. Todo el jardín fue levantado por brigadas de peones y no se encontró nada. Christopher Hower Spellman hubo de ser protegido para evitar que los familiares de sus supuestas víctimas lo lincharan. También se le supusieron otros crímenes con los que consiguió engrosar su fortuna, una fortuna que le permitió vivir bien el resto de su vida y pagarse un lujoso ataúd. Ahora, yo les presentaré a Christopher Hower Spellman, pero si alguien tiene miedo, todavía está a tiempo de abandonar este salón. El joven que les ha traído aguarda afuera, en el microbús.

Nadie se movió. No habían llegado hasta allí para huir al primer conato de miedo. Efectivamente, aquél no era el lugar al que creían serían llevados. No,

era muy distinto, muy lúgubre y siniestro. La magia blanca podía olvidarse para comenzar a hablar de la magia negra.

El gran mago Sergio se hizo a un lado del cortinaje. Tiró de un cordoncillo y la cortina se abrió para mostrar lo que ocultaba.

Los ocho quedaron sorprendidos, preocupados y excitados ante lo que vieron. Lo que había en el suelo no era una caja de malabarista, sino un auténtico ataúd, y a ambos lados de éste, unos muebles taquillón largos y estrechos.

Sobre ellos, repartidas y equidistantes, había calaveras horripilantes encerradas dentro de campanas de cristal. Justo detrás de cada calavera se elevaban unas velas rojas y gruesas que permanecían encendidas, seis calaveras más una séptima que estaba al fondo como si presidiera aquella representación macabra.

—Estos son ahora mis esclavos, me obedecen, me sirven. Están más allá de la muerte, en la ultratumba, en otra dimensión. La calavera que pueden ver al fondo es la de Christopher Hower Spellman y no vayan a creer que es una imitación, es su calavera auténtica. Yo le he arrancado de su deseando eterno porque tiene que pagar sus culpas y obedecerá en todo lo que le exija. Los demás también fueron asesinos despiadados. No todos, por supuesto, murieron en la cama. Por ejemplo, ahí tienen a Dennis Horse Smith, que hace mucho tiempo fue ahorcado. Mató a una familia completa. Trató de hacer desaparecer sus cuerpos dándolos troceados a los cerdos, pero la justicia halló restos inconfundibles que terminaron llevándolo a la horca.

—¿Por qué nos cuenta todas esas barbaridades? —preguntó uno de los ancianos, temblándole la barbilla.

—Porque ustedes están aquí para una sesión especial, muy especial. No han venido a ver malabarismo como me han dicho, yo soy el intermediario entre ustedes y ellos.

—Esto es espiritismo —protestó mistress Florence.

—Llámelo como quiera; a lo largo de la historia le han dado muchos nombres.

—A mí no me gusta esto —expresó mistress Amely.

—Ya no pueden volverse atrás. Ellos les ven desde la profundidad de sus cuencas vacías. Ellos están ahora con las fuerzas del mal y pueden conseguir que ustedes vivan experiencias fantásticas, experiencias que jamás podrán volver a disfrutar. Ellos podrán rejuvenecerles.

—¿A cambio de qué? —preguntó uno de los hombres.

—A cambio de lo que yo les pida.

—¿Y qué nos va a pedir?

La pregunta acababa de hacerla mistress Florence.

—No hay límites. ¿Quién no está dispuesto a darlo todo para conseguir la juventud, los placeres?

Tímidamente, con miedo, mistress Amely se atrevió a decir:

—Eso es como un chantaje.

—¿Que creían, que iban a encontrar la eterna juventud sin dar nada a cambio?

—¿Es usted sacerdote de Satán? —preguntó otra de las ancianas.

—De quien emanan los poderes que ellos nos traerán y que lo exigen todo a cambio. A quien no le importa envejecer y morir, a quien no le importa haber perdido su potencia, su fertilidad, la posibilidad de apreciar sabrosos alimentos, la capacidad de amar, de correr, de triunfar, a quien no le importa nada, puede morir; pero quienes deseen recuperar lo perdido, quienes deseen dejar atrás la vejez, si tienen que dar.

—Pero..., pero, ¿qué es lo que tendremos que dar? —preguntó Florence, nerviosa.

Míster Grower, uno de los tres ancianos, se levantó de la butaca y expresó lo que pensaba.

—Usted es un espiritista embaucador. No me creo nada de lo que dice y no quiero participar en esta comedia macabra.

—Ya no puede marcharse. Ellos le han visto y si les abandona le castigarán.

—No temo a las amenazas, jamás las he temido; me voy.

Míster Grower se dirigió hacia la puerta. Cuando llegó al vestíbulo pudo oír:

—Será castigado, y ahora, olvidémosle. Uno de ustedes, ¿quién quiere ser el primero o la primera en rejuvenecer, en viajar a la otra dimensión, en disfrutar de las maravillas de ultratumba?

Míster Grower no quiso escuchar más y salió de la casa. Afuera, la impenetrable oscuridad de la noche.

El microbús se hallaba a oscuras, pero un punto rojizo podía verse a través del parabrisas. Se acercó a él y se encontró con James Adam Castle.

—¿Ha terminado todo? —preguntó James Adam, abriendo la portezuela e invitando al anciano a introducirse en el vehículo.

—No, no ha terminado. Empieza ahora.

—¿Y usted?

—Yo no he querido tomar parte en una sesión macabra de espiritismo y satanismo. No sé si ese sujeto es un embaucador o un loco.

—¿Y los demás?

—Prefieren dejarse engañar. Si lo hubiese visto... Calaveras, un ataúd, velas. Hum, no me gusta.

—Entonces, ¿por qué decidió lomar parte del grupo llamado eufemísticamente «Amigos de la magia blanca»?

—Porque he sido débil. Además, lo que ocurrió en la residencia nada tiene que ver con lo que está pasando ahí dentro. Dice que ésta es la casa de un asesino y que tiene calaveras de varios asesinos.

—Bueno, ¿y qué esperaban? —le replicó James Adam—. Es un mago de feria. Ustedes, los hombres y las mujeres de una cierta edad, son presa fácil para un embaucador que les promete rejuvenecimiento. Siempre ha sido así.

¿Acaso ha olvidado el mito de Fausto y Mefistófeles?

—No, no lo he olvidado, por eso me he marchado y me avergüenzo de haber sentido curiosidad.

Ni James Adam ni míster Grower se percataron de que una forma furtiva avanzaba entre los matorrales y árboles de lo que un día ya lejano fuera un jardín, una sombra que, sin hacerse notar, fue aproximándose a los muros de la casa.

—¿No ha visto algo, James Adam?

—¿Ver?

—Sí, una sombra por allá. —El anciano señaló hacia la derecha.

—Pues, no sé.

—Quizá un perro vagabundo.

Mientras, la extraña y macabra ceremonia seguía su curso y unos puños golpeaban la tapa del ataúd. Era como una súplica angustiosa que nadie parecía querer atender.

CAPITULO VIII

Era muy avanzada la madrugada cuando volvió a abrirse la puerta de la siniestra mansión que un día fuera residencia habitual de Christopher Hower Spellman, un despiadado asesino en opinión de Steve L. Doow, más conocido por el gran mago Sergio.

Aparecieron los ancianos, apenas iluminados desde el interior por velas que quedaban a sus espaldas.

—Ahí están —dijo míster Grower.

James Adam encendió los faros del microbús. Los haces de luz, en principio, cegaron a los ancianos. Colocó las luces de posición y, como si estuvieran drogados, avanzaron hacia el vehículo.

A Steve L. Doow no se le vio en la doble puerta que se cerró tras la espalda de mistress Florence, que fue la última en abandonar la casa.

James Adam saltó al suelo y abrió las portezuelas. Tuvo la impresión de que los ancianos iban como drogados.

—Tía Florence, ¿te encuentras bien?

—SI, sí —asintió con voz apenas audible—. Estoy cansada, James Adam, vamos.

—Pero, tía Florence, ¿qué os ha ocurrido? Os veo muy mal, como si estuvierais drogados...

—Vámonos, vámonos —casi suplicó mistress Florence.

James Adam Castle lanzó un largo suspiro y se colocó al volante, cerrando antes las portezuelas del vehículo.

Míster Grower carraspeó ligeramente antes de que su voz se pudiera oír, mientras el motor runruneaba después de que James Adam diera la llave de contacto.

—¿Qué, ha sido una maravilla el viaje a ultratumba?

No hubo respuesta, todos tenían la mirada como perdida.

James Adam puso las luces largas taladrando la noche que perecía, una noche que agonizaba y que iba a ser devorada por el flamígero sol que habría de llenar la luz de la mansión lúgubre y abandonada, porque el testamento de Christopher Nower Spellman especificaba claramente que no debía venderse hasta pasado un siglo. Podía rentarse, pero estaba demasiado alejada de cualquier centro urbano para ser interesante como residencia.

James Adam condujo sin prisas, se sentía cansado. Había pasado demasiado tiempo esperando la salida, no había intervenido para no molestar a su lía Florence.

El estaba seguro de que todo aquello era una cabezonada de unos ancianos que no se resignaban a envejecer. En principio, había pensado entrar en la mansión por alguna ventana y luego había desistido, pensando que aunque llegara a descubrir que todo era un bluff, ¿qué iba a conseguir?

Los viejos se sentirían peor, se frustrarían más y se sumarían en una

depresión que en nada les iba a beneficiar. ¿Por qué estropearles aquel capricho casi rayano en el infantilismo? James Adam se había quedado esperando el microbús sin sospechar que todo iba a ser grave, muy grave.

Deseó llegar cuanto antes a la residencia para dar por concluida lo que consideraba una chiquillada sin la menor trascendencia.

Cuando detuvo el microbús en los jardines de la residencia, los ancianos se apearon y ninguno de ellos le dijo nada, ni siquiera mistress Florence, a excepción de míster Grower que era el único que no había participado en la extraña y singular ceremonia.

—Gracias, muchacho, espero no volver a pasar una noche en vela como ésta.

—Y yo tampoco.

James Adam dejó el microbús en el estacionamiento y tomó de allí su propio automóvil, a bordo del cual se alejó. Habría tiempo de hablar con su tía acerca de lo ocurrido.

* * *

La enfermera geriátrica entró en el vestidor de enfermeras y cuidadoras para cambiar sus ropas de calle por el uniforme discreto pero identificativo de las empleadas de la residencia Autumn Flowers.

—¿Cómo ha ido la noche? —preguntó la recién llegada a la compañera que realizaba la operación a la inversa, es decir, abandonaba su uniforme para colocarse las ropas de calle y marchar de la residencia, ya que su turno de trabajo se había realizado durante la noche, velando el sueño de los residentes.

—Los vejetes han salido a tomar una cana al aire.

—No hay que ser muy duros con ellos —le observó la recién llegada.

—Pero hay que amenazarles de zurra; luego son generosos con los regalitos, especialmente los hombres.

Se separaron. La que abría el turno, saludó a otra compañera que llegaba algo más tarde y, tras conversar brevemente con ella, subió a la primera planta.

Se dirigió a una de las habitaciones y llamó con los nudillos. La puerta no ofreció resistencia, entró en el cuarto de aseo y no tardó en ver la bañera. Un grito súbito y brutal brotó de su garganta al ver el rojo de la sangre que teñía el agua.

—¿Qué ocurre? —preguntó la voz de un hombre cerca de ella.

Inmerso en aquel agua teñida en sangre, había un cadáver, un cuerpo que tenía las venas cortadas.

—Míster Grower...

El hallazgo del cadáver causó gran revuelo y disgusto.

La noticia no pudo ser ocultada, corrió de boca en boca. La muerte era algo que no gustaba a quienes la estaban esperando, pero también aquella misma

mañana, un grupo de residentes se fue al campo de golf a jugar.

Su forma de caminar ya no era decrépita, se sentían contentos, ágiles, rápidos. Eran los amigos de la magia blanca que reían al mirarse unos a otros. No habían conseguido la rabiosa juventud en unas horas, pero sí habían rejuvenecido algunos lustros, no sólo en el aspecto de sus rostros, sino en su forma de moverse, de aspirar el aire, en cómo se miraban unos a otros.

Incluso uno de los hombres llegó a alargar la mano para tocar las nalgas de su compañera que, en principio, se asustó. Después, al mirar quién la había acariciado, se echó a reír.

Mientras, la policía acudía a la llamada de la residencia.

Para los hombres de la ley no era nada nuevo que un viejo se suicidase. Solía ocurrir a menudo, no soportaban bien la soledad en compañía.

—Seguro que ha sido un suicidio —opinó el inspector la al mando del grupo policial.

—Deberían impedir que en la residencia de ancianos hubieran hojas de afeitar, tendrían que utilizar maquinillas eléctricas.

—No creas que iba a ser mejor. Cuando llegan a esta decisión, si no se cortan las venas, se lanzan bajo un camión o a las vías del Metro, no hay nada qué hacer —le dijo el inspector a su ayudante—. Se matan por miedo a morir.

—Por miedo a vivir los pocos años que les quedan.

Ninguno de los policías pareció sospechar que en vez de un suicidio, la muerte de míster Grower había sido un asesinato.

CAPITULO IX

Jennie pagó al chófer y se apeó del taxi. El automóvil se alejó mientras la muchacha miraba a su alrededor, como buscando algo, cuando escuchó un tímido y corto claxonazo.

Rápidamente, miró en la dirección de donde procedía y a través del parabrisas descubrió al joven James Adam Castle. Fue a su encuentro.

Cuando la joven se hubo introducido en el vehículo, éste arrancó. James Adam conducía sin prisas.

—¿Cómo estás, Jennie?

—Bien, bien. —Vaciló ligeramente y se atrevió a preguntar—: ¿Adónde me llevas?

—Ya lo verás.

—Hablas de una forma misteriosa.

—¿Qué mejor forma de hablar a la hija de un mago?

—Anda, no bromees.

—¿Cómo está tu padre?

—Supongo que bien.

—¿Supones?

—Sí, no lo he visto en las últimas horas. Viaja mucho, su profesión se lo exige.

—Tu padre no actuaba antes de la misma manera, ¿verdad?

—¿Qué tratas de decirme?

—Me refiero a si tu padre tenía un estilo distinto antes.

—¿Por qué me lo preguntas?

En vez de responder, James Adam preguntó:

—¿Sabes fumar?

—Sí, claro.

—¿Puedes encenderme un cigarrillo? El tráfico anda mal y no quiero perder mi atención.

Jennie tomó el paquete de cigarrillos y extrajo uno que lo llevó a sus labios.

—¿Y el fuego?

El sacó el encendedor automático del coche. Jennie lo tomó y prendió el pitillo. Aspiró, expulsó el humo y lo pasó a los labios masculinos.

—Gracias.

Ella encendió otro para sí y luego hundió el encendedor en el orificio correspondiente que se hallaba en el salpicadero.

—Me he interesado un poco por el trabajo de tu padre.

—¿Por qué? ¿Eres detective privado?

—No, no lo soy.

—Entonces, ¿a qué se debe ese interés?

—¿Sabes que ha muerto un residente del Autumn Flowers?

—No, pero imagino que en una residencia de ancianos la muerte de uno de ellos no debe de ser nada raro.

—No si la muerte fuera natural.

—¿No lo ha sido?

—No, no lo ha sido. Mistress Grower fue encontrado bajo el agua que llenaba una bañera.

—¿Ahogado?

—Con las venas cortadas.

—Es muy desagradable lo que dices.

—Lo es y me duele decírtelo a ti que rebosas vida por todas partes. No es nada nuevo que un anciano se suicide.

—¿Había perdido a su esposa?

—Era soltero.

Jennie guardó silencio mientras daba un par de chupadas a su cigarrillo. James Adam conducía el automóvil sacándolo de la ciudad, como deseando escapar del cemento donde los arboles vivían con tristeza y el dolor de un envenenamiento diario.

—Pudo tener otra causa para esta decisión, quizá una enfermedad maligna.

—La justicia va a cerrar este caso rápidamente con el sello de suicidio, pero...

—Pero ¿qué?

—Míster Grower fue uno de los ocho ancianos que acudieron a la sesión privada que dio el gran mago Sergio.

—Dices eso como si creyeras que mi padre tuvo algo que ver con la muerte.

—¿Qué sabes tú de lo que ocurrió en la siniestra mansión que tu padre preparó para la sesión de magia negra?

—Mi padre no hace magia negra —protestó Jennie.

—De acuerdo, de acuerdo.

—Hubiera sido mejor no acudir a la cita, detente cerca de una parada de bus.

—¿Para regresar?

—Sí.

—Disculpa si te he molestado, Jennie, quizá no me he dado cuenta de que estoy hablando de tu propio padre.

—Pues es mi padre y yo le adoro.

—Magnífico, pero eso no hará que me calle. Ha habido algo muy raro en la muerte de míster Grower, una muerte fea y desagradable.

—¿Por qué no ha podido suicidarse?

—No, si yo no niego que se suicidara.

—¿Entonces?

—Es que quisiera averiguar por qué se suicidó míster Grower.

Jennie se arrellanó más en el asiento, como buscando una mayor comodidad.

—¿Por qué te interesa tanto el caso?

—Porque míster Grower fue el único que en el último momento decidió no participar en el espectáculo.

—Pues si no participó, menos motivos para que mi padre pueda tener culpa alguna.

—Sí, podía haber sido así de no ocurrir otra cosa tan especial como sorprendente.

—¿Qué es esa cosa tan sorprendente?

—Los siete ancianos que presenciaron el espectáculo, cinco mujeres y dos hombres, están como rejuvenecidos. Cualquiera diría, al verles, que han retrocedido en su vida una docena de años.

—¿Y eso es malo?

—No, no es que sea malo, pero sí muy extraño. Supongo que los doctores se interesaran por su caso o preferirán pensar que sus tratamientos particulares son muy beneficiosos.

—¿Y tú no lo crees?

—No. Yo creo que es la obra de tu padre y no sé qué ha empleado. ¿Drogas, persuasión? Quiero averiguarlo.

—Cualquiera pensaría que lo que deseas es un tratamiento especial de esa clase, aunque por tu aspecto no creo que lo necesites.

—No lo tomes a broma, Jennie. Pregúntate a ti misma por qué tu padre no te dejó participar en esa ceremonia nocturna precisamente en esa casa.

—¿Qué casa?

—Esta.

James Adam la señaló a través de la ventanilla, saliéndose de la carretera para enfrentarse con la puerta de hierro que permanecía cerrada.

—¿Qué casa es ésta?

—La que eligió tu padre para su representación.

James Adam bajó del auto y se encaró con la entrada.

La primitiva cerradura debía de estar inservible y una cadena con un candado unía las rejas. Mientras el hombre forcejeaba haciendo rechinar los hierros oxidados que nadie engrasaba, Jennie bajó del coche, acercándose a él.

—¿No tienes la llave? —preguntó.

—No.

—Si querías entrar ahí, ¿por qué no le has pedido la llave a mi padre?

—Porque no quiero que sepa que he estado aquí.

—Si entras ahí, puede ser allanamiento de morada.

—Me arriesgaré a dar con mis huesos en la cárcel, pero siento una infinita curiosidad por lo que pueda haber dentro.

—Si no tienes la llave, no veo cómo vas a poder entrar.

—La propiedad es bastante grande, si no se puede entrar por la fachada, es posible que se pueda entrar por uno de los lados o por su parte posterior. Anda, vamos al coche.

Subieron de nuevo al automóvil. James Adam lo puso en marcha y rodeó el muro. Tal como sospechaba, comprobó que por los laterales no se conservaba tan entero como en la fachada principal que daba a la carretera.

—Mira, por ahí es fácil saltar —dijo James Adam, que había obligado a su coche a avanzar por un camino pésimo. Pese a rodar muy despacio, puso a prueba la suspensión.

—Sí, es cierto; con una zancada se puede subir y pasar al otro lado; pero ¿crees que merece la pena?

—No lo sabré hasta haber visto la casa por dentro.

—Lo importante de los trucos de un mago no es el escenario, un mago puede hacer su trabajo en cualquier parte —le observó Jennie.

—Sí, ya lo sé, pero si tu padre escogió esta casa debió de ser por alguna razón concreta. De lo contrario, habría bastado ofrecer sus trucos en una salita de la residencia tal como yo propuse.

—Creo, James Adam, que te estás complicando la vida. Es lamentable que un anciano se haya suicidado, pero magnífico que otros hayan rejuvenecido. La verdad, no sé qué pretendes.

—Intuyo que hay algo más oscuro en todo esto.

Volvió a salir del coche y de una sola zancada trepó por el muro ancho, bajo y medio desmoronado, posiblemente porque la argamasa empleada en su tiempo había sido de mala calidad.

Tendió su mano a Jennie para ayudarla a rebasar el muro y segundos después ambos avanzaban por la maleza y los árboles que un día lejano fueran jardín.

—¿Esta es la casa?

—Sí.

—Es muy lúgubre.

—Por la noche todavía lo es más.

—No me gusta.

—A mí tampoco, pero parece que a tu padre sí. —Avanzó unos pasos más y preguntó—: ¿De veras que tu padre no te ha traído antes aquí?

—No.

—¿Tú sabías algo?

—Hasta que me llamaste por teléfono, no.

—¿Le dijiste algo a tu padre?

—Sí, pero me dijo que en estas representaciones no hacía falta mi participación.

—¿Te dio alguna explicación?

—No, pero he tenido que obedecerle.

—Lo comprendo. Ahora veamos por dónde se puede entrar.

Llegaron hasta la puerta de entrada y comprobaron que estaba cerrada. James Adam forcejeó con ella pero no cedió.

—Veamos si atrás hay alguna puerta.

Rodearon la casa. Encontraron una puerta que tampoco cedió.

—No podremos entrar —le observó Jennie, resignada.

—Veamos primero las ventanas bajas.

—¿Quieres decir que podrás abrirla?

—Espero que sí.

Forcejeó hasta que logró hacer saltar uno de los cierres y la ventana saltó.

—Ya está.

—Si nos atrapa la policía, iremos a la cárcel.

—La verdad es que no lo creo. Tú eres la hija del inquilino de esta mansión.

—Comprendo. Por eso me has hecho venir. Como soy la hija de Steve L, Doow, si te descubren dentro de la casa no te pueden culpar de allanamiento de morada, puesto que estás conmigo.

—No, no es eso.

—¿Por qué, entonces?

—Lo que yo no entienda, es posible que me lo pueda explicar la hija del mago que, además, es su colaboradora.

—No olvides que en todo no soy su colaboradora.

—Anda, pon un pie en mis manos cruzadas y llegarás al alféizar de la ventana —le pidió James Adam, dispuesto a no esperar más tiempo para adentrarse en la casa.

Jennie se internó en la mansión y James Adam la siguió. El aire era casi irrespirable, hedía a moho, a humedad y a cera quemada. La muchacha comentó:

—Huele como a iglesia antigua de ciudad vieja.

—Sí. Preferiría abrir las ventanas para ventilar esta casona, pero si lo hiciéramos sería peligroso, nos podrían descubrir.

—Hay bastante luz para moverse.

Por unas ventanas altas entraba luz suficiente para que el i interior de la casa tuviera una penumbra en la que unos ojos previamente acostumbrados a la escasa luz podían ver sin dificultad.

—Tiene el aspecto de no vivir nadie aquí —observó James Adam mirando en torno suyo, notando la falta de muebles y el precario tapizado de las paredes—. ¿De veras no habías estado nunca antes aquí dentro?

—¿Crees que te he mentido?

James Adam miró en todas direcciones, ya se había acostumbrado a la penumbra de la lúgubre casona.

—Mira, éste es el salón, hay butacas suficientes.

—Sí, aquí debió llevar a cabo su sesión.

Se acercaron a los pesados cortinajes del fondo. James Adam estiró el cordoncillo y apartó las cortinas, dejando al descubierto lo que había tras ellas.

—¿Qué es eso? —exclamó Jennie.

—Todo preparado para un ritual de necrofilia.

Vieron las calaveras encerradas dentro de las campanas de cristal y el

ataúd en el centro.

—¿Estás seguro de que mi padre estuvo aquí?

—¿Quien si no? Yo mismo les traje en el microbús.

—No quiero ver esas calaveras. Son horribles.

—Pues yo sí quiero examinar todo esto con detenimiento. He venido a ver qué consigo descubrir.

Jennie se apartó, mientras James Adam Castle examinaba las calaveras una por una, llegando a levantar las campanas de cristal. Le desagradaban aquellas calaveras, pero no le inspiraban ningún temor.

Tomó entre sus manos la de Christopher Hower Spellman y observó que en el hueso occipital había unas iniciales pinjadas con un rotulador de tinta fija.

«Parecen auténticas —pensó—. Es como si hubiera ido profanando tumbas.»

Volvió a colocar la calavera dentro de la campana de cristal y se fijó en el ataúd cerrado que se hallaba en el centro de aquella especie de escenario o altar.

Comprobó que el cierre no estaba puesto. Levantó la tapa, miró hacia el interior y vio que estaba vacío.

—Nada.

—¡Ahh...!

Quedó tenso sosteniendo la tapa del féretro con sus manos. No era una ilusión, había escuchado el grito de una mujer, una mujer que no podía ser otra que Jennie.

Dejó caer la tapa y al rebasar el umbral de lo que podía considerarse la boca del escenario, vio descender, casi a saltos por la escalera una bestia de ojos grandes y boca rojiza que le pareció una especie extraña de perro que podía ser un mastín cruzado con un gran danés o algo por el estilo. Le miró y la bestia gruñó sorda y amenazadoramente.

No llevaba armas y miró en derredor, buscando algo que le sirviera para defenderse.

Sólo halló un candelabro cuando ya aquella bestia que abultaba más que él saltaba los últimos peldaños, lanzándose sobre él.

Vio las fauces abiertas, unas fauces armadas de temibles colmillos. Por unos instantes estuvo seguro de no escapar a las dentelladas de la fiera.

Golpeó con el candelabro y notó que daba de lleno en un costado de la bestia, quizá debajo de las costillas, mas no pudo evitar que el animal cayera sobre él, derribándole.

James Adam aprovechó para dar golpes a la bestia, que gruñó ferozmente sobre su rostro. De pronto, como sintiéndose herida, escapó con rapidez.

Medio aturdido porque en la caída se había golpeado la cabeza con el ataúd, James Adam se incorporó.

Miró en todas direcciones: la bestia había desaparecido, no se veía ni rastro de ella.

—¡Jennie, Jennie...!

Corrió hacia la escalera y subió los peldaños de tres en tres hasta llegar a lo alto. Allí había una especie de galería con balaustrada que daba al salón y luego un corredor. Se fijó en la primera puerta. Arremetió contra ella, mas no ofreció ninguna resistencia.

Ante él, una estancia vacía de muebles, y en el suelo, un cuerpo femenino.

—¡Jennie!

La joven no respondió. Estaba inconsciente.

Se inclinó sobre ella y comprobó que respiraba. A simple vista no se veía herida alguna y tampoco había sangre, por lo que decidió tomarla entre sus brazos.

La sacó de la habitación, tan desnuda y hostil como el resto de la mansión.

Bajó las escaleras y la llevó hacia la ventana por la que accedieran al interior de la casa. James Adam vigilaba en torno suyo, temiendo que la bestia que había buscado cobijo dentro de la casa reapareciera de un momento a otro.

Jennie abrió los ojos y miró al hombre.

—James Adam...

—Jennie, Jennie, ¿cómo te encuentras?

—No sé, no muy bien...

—Haz un esfuerzo y saldremos fuera...

La pasó a través de la ventana, poniéndola fuera en posición vertical.

—Aguanta un poco.

—Sí, si —asintió ella, sujetándose a la pared mientras hacia un gesto de vivo dolor, encogiéndose sobre sí misma.

James Adam saltó al exterior. Ayudó a Jennie a separarse de la casa y en un lugar donde la hierba parecía bastante homogénea le dijo:

—Tiéndete.

—Me duele mucho.

—¿Dónde?

—Aquí, debajo de las costillas —dijo, señalándose con las manos.

Una vez tendida en la hierba, él le desabrochó la ropa. Le levantó la camisa y le descubrió la parte baja de las costillas al tiempo que preguntaba:

—¿Te molesta?

—¿El qué?

—Que te mire.

—No, no.

James Adam le apartó la ropa y le descubrió unos grandes morados.

—¿Cómo ha sido, Jennie

—No lo sé, no lo sé.

El hombre recordó a la bestia que le había atacado y decidió no asustar a la muchacha.

—Has gritado y te he encontrado tendida en la habitación. Puede que huyas sufrido un súbito desvanecimiento.

—Nunca me he desmayado ames.

—El aire podía estar enrarecido. Te llevaré ahora mismo a una clínica.

—No, no, James Adam —se puso ella suplicante—. Ya se me pasará.

—Es un golpe muy fuerte, especialmente éste de debajo de las costillas. Puede que tengas alguna fisura ósea.

—No, no, seguro que no.

—Si me prometes que si empeoras me llamarás, no te llevo a la clínica.

—Prometido.

James. Adam pasó sus dedos acariciadoramente por donde la joven había recibido el fuerte golpe. Después se inclinó y pasó sus labios sobre la piel, besándola suavemente.

—James Adam, ¿qué haces?

Dejó de besar el cuerpo de la mujer y se acercó a su rostro, buscando sus labios.

—Me gustas.

—No, James Adam, no me beses.

—¿Por qué?

—Ahora no, en otro momento, por favor.

Los ojos femeninos se agrandaron y su mirada se hizo extraña, muy extraña, mientras el hombre, atendiendo al ruego, cuidaba de componer la ropa que había dejado al descubierto toda la cintura y parte del pecho de la joven.

CAPITULO X

La tarde moría prematuramente. Los dos vagabundos avanzaban paso a paso por el estrecho arcén de la carretera, acercándose a los árboles.

El cielo había permanecido encapotado todo el día, amenazando lluvia. Se levantaban ráfagas intermitentes de viento molesto y frío, caían gruesas gotas de agua que no llegaban a convertirse en chaparrón, pero eran como el preludio de la tormenta que se avecinaba.

Los dos hombres aceleraron el paso con deseos de llegar a alguna parte donde pudieran protegerse de una noche que prometía ser meteorológicamente desagradable.

Pierre gruñía más que su compañero Peter; ambos tenían el mismo nombre de pila, sólo que en lenguas distintas.

—Años atrás —gruñó el galo— no se nos miraba con tanto desprecio y recelo. Ahora, a poco que te descuidas, llaman a la policía y te enjaulan sin haber hecho nada.

—A los artistas no nos quieren. Hoy día, el amo del mundo es el materialismo.

Pierre miró a Peter riéndose entre sus barbas descuidadas, sucias y abundantes, y preguntó:

—Pero ¿tú te crees un artista?

—Claro que lo soy. He hecho muchos dibujos buenos, pero no soy una fábrica de churros. Los marchantes quieren artistas que se sometan a un trabajo industrial.

—Eso no es arte —gruñó Pierre, que no había dejado de caminar mientras nuevos frentes de nubarrones iban ennegreciendo aún más el ciclo bajo el que caminaban.

De cuando en cuando, un automóvil pasaba raudo junto a ellos. Ambos sabían que por su aspecto físico nadie iba a recogerlos, ni siquiera un camión.

—Algún día descubrirán que Peter Sholl es el mejor dibujante de Europa.

—Pero tú ya te habrás muerto de hambre o pulmonía. ¿Te queda algún cigarrillo?

—Sí.

De pronto, sin haber visto el rayo previamente, escucharon el fragor largo y retumbante de un trueno lejano.

—¿Dónde diablos podemos encontrar algún agujero donde guarecernos? —preguntó Pierre, acelerando el paso. Sabía ya que la lluvia sobré sus huesos no era ningún regalo agradable.

—Allá a la izquierda hay una casa.

—¿Crees que nos dejarán protegernos?

—Parece que no hay nadie.

—La puerta está cerrada. Corramos hacia ese camino y podremos saltar.

—¿Y si nos dan un escopetazo? —preguntó Pierre.

—Mira, empieza a llover y lo que es yo no me mojo.

Comenzaron a caer gruesas golas y los dos vagabundos corrieron junto al muro, mientras los coches ponían en marcha los limpiaparabrisas y llevaban ya los faros encendidos.

—¡Saltemos por aquí! —gritó Peter.

Saltaron al interior de la propiedad. Peter continuó corriendo hacia la casa y descubrió la ventana abierta.

—No hay nadie, no hay nadie.

—No te metas dentro, nos cogerá la policía —masculló Pierre que corría detrás de su compañero.

La lluvia apareció cuando Peter ya había metido la cabeza por la ventana y oteaba el interior de la vivienda.

Está abandonada, no hay ni muebles.

—¿Maldita sea! —masculló Pierre.

—¿De qué le quejas ahora? Si podemos entrar...

—Es que si está abandonada, no habrá ni un mendrugo, y yo tengo un hambre espantosa.

—Ya cazaremos alguna rata.

Peter saltó al interior de la casa y su compañero le siguió.

Ambos ya iban escurriendo agua por donde pasaban: la lluvia era intensa y continua.

Salieron de la habitación por la que habían entrado y una oscuridad más densa que en el exterior les envolvió. Resultaba difícil seguir avanzando sin luz.

—¿Tienes un fósforo, Pierre?

—Sí, pero no sé si estará mojado. ¿Crees que podremos encontrar un catre donde dormir?

—No lo sé. No hay muebles. Parece que se lo han llevado todo y si hay una ventana abierta quiere decir que es posible que haya pasado por aquí algún revienta casas, llevándose lo poco que pudiera quedar.

—Pues si nos atrapa la policía, dirá que lo que falta aquí nos lo hemos llevado nosotros.

—No digas tonterías, la bofia sabe perfectamente que no somos ladrones de muebles; a lo sumo, alguna cosilla que pudiera haber quedado olvidada en algún cajón.

—Si ni hay muebles, ¿cómo pueden haber cajones?

—Es un decir. Anda, enciende la cerilla.

—Espera, espera, que está un poco húmeda.

Al fin consiguió encender el fósforo y la llama iluminó parte del salón, mientras afuera la tormenta se hacía más violenta. Los truenos hacían retumbar los cristales.

—¡Pierre, allí!

—¿Qué diablos es eso?

—No sé, parece un funeral.

—¿Un funeral? Pero ¿no está abandonada la casa?
—Sí, pero yo veo un ataúd.
Avanzaron unos pasos para verlo más de cerca. Pierre soltó el fósforo.
—Ay,
—Yo me voy.
—¿Adónde, imbécil?
—No me gusta esto —gruñó Peter.
—Si sólo es un ataúd...
—¿Y las calaveras?
—¿Vivirá algún maniático? Espera que encienda otro fósforo, en el suelo he visto un candelabro y velas.
—Pues ve y coge una vela, así durará más la luz.
—Ve tú, mientras yo preparo otro fósforo.
—¿Que vaya yo hasta el ataúd y a tientas?
—¿Por qué no? ¿Acaso te estás mojando los pantalones?
—Si sigues por ese camino me voy a acordar de tu madre y de tú abuela, bastardo francés.
—Y tú bastardo inglés.
—Ya está bien de insultarnos.
—Pues trae una vela.
—Yo, sin luz, no voy.
Otro trueno hizo retumbar la mansión. El fragor halló incontables ecos en la casa vacía de muebles.
Pierre trató de secar sus dedos introduciéndolos entre las ropas. Después frotó el fósforo contra la banda oscura del sobre y de nuevo se hizo la luz.
—Anda, ahora ya puedes ir a por una vela, corre.
—Ve tú que llevas la cerilla.
—Está bien. Pierre avanzó rápido. Cuando ya recogía una vela del suelo, tuvo que soltar el fósforo porque ya quemaba sus dedos.
—¡Vamos, enciende otro! —apremió Peter, que había quedado quieto.
Pierre prendió el tercer fósforo, con el que logró dar fuego a la mecha de la vela.
—Ya está.
—Esto es otra cosa. Encenderemos más velas. Es una noche de perros.
—No hay que encender demasiadas luces, no sea que un patrullero vea el resplandor a través de alguna ventana y venga a averiguar qué ocurre.
Peter recogió otra vela y la acercó a la de su amigo y compañero de aventuras. La encendió y exclamó:
—Ya tenemos más luz.
—Hay una tercera en el suelo, fíjate, y el candelabro es de tres brazos.
—Sí, parece como si lo hubieran tirado al suelo.
—Las vamos a colocar todas en el candelabro y quedará más bonito.
—Yo quiero una vela para mí.
—No seas idiota.

—¿Idiota, por qué?

Pierre se echó a reír.

—Cualquiera diría que tienes miedo a esa calavera y al ataúd.

—Miedo, miedo... ¿Y tú?

—¿Yo? No seas estúpido, en más de una ocasión he dormido en nichos del cementerio.

—¿Pretendes que me lo crea?

—¿Por qué no?

—No me lo creo. Por cierto, ¿y si dentro del ataúd hay un cadáver?

—Bah, está vacío.

—¿Cómo lo sabes?

—Bueno, pondré las otras dos velas. Y el candelabro, ¿qué te parece?

—¿Qué me va a parecer?

—Pues que puede ser de plata, pesa mucho.

—Bah, alpaca rellena de plomo. Un baño de plata a lo sumo. Lo hacen mucho en Portobello para engañar a los incautos que pretenden sabérselas todas.

—Humm —gruñó Peter, sopesando el candelabro que ahora tenía dos velas encendidas—. De todos modos, me lo llevaré. Después de todo, aquí no hay nadie que pueda reclamarlo.

—¿Ah, no? ¿Y el del ataúd?

—Yo preferiría que no lloviera y me largaría. No me gustan los ataúdes.

—A mi tampoco, pero un día u otro nos regalarán uno a la medida. Mira, mira a tu alrededor, no hay más que unas pecas sillas, el ataúd y esas estúpidas calaveras. Algún bromista, y seguro que no han dejado ni una cama.

—¿Qué vas a hacer?

—Pues abrir el ataúd —dijo, depositando el candelabro junto a una de las calaveras.

—No seas imbécil.

Pierre levantó la tapa del féretro que no ofreció ninguna resistencia; era un ataúd muy regio, resistente y caro.

—Es verdad, no hay nadie.

—Eres un aprensivo? y supersticioso, Peter.

—No tanto, no tanto.

—¿Que no? —inquirió el francés desafiante.

—No.

—Pues si no lo eres, anda, acuéstate.

—¿Acostarme?

—Sí, sí, dentro.

—¿Estás loco?

—¿Loco? —Pierre se rió, estentóreo—. En tu perra vida jamás habrás dormido en un lugar tan cómodo y caro, fíjate, está acolchado de seda y seguro que relleno de plumón de cisne.

—A mí me meterán ahí dentro cuando esté muerto, lo que es vivo, ni

hablar.

—Tu miedo es absurdo, fíjate.

Pierre se introdujo en el ataúd. Se sentó y terminó estirándose en él.

—¿Lo ves? Es muy cómodo.

—¡A la mierda!

Peter, molesto, empujó la tapa con violencia, cerrándola. Pierre, dentro de la caja, se rió, mientras su compañero permanecía en pie junto al féretro. En una mano sostenía la vela encendida y en el suelo había el candelabro con dos velas encendidas. Un tercer brazo carecía de vela.

Pierre dejó de reír y nato de empujar la tapa para abrir de nuevo el ataúd; mas la tapa» resistente, no cedió. Estaba bien cerrado.

Pierre golpeó la tapa y gritó:

—¡Ya está bien de bromas, abre!

La voz de Pierre apenas llegaba audible al exterior y nada inteligible. Era como si hablara de muy lejos. La madera del pesado ataúd era gruesa, y, por otra parte, estaba bien acolchado interiormente.

—¿Qué, te diviertes ahora? —preguntó Peter, socarrón.

Pierre golpeó la tapa con más fuerza; ahora se evidenciaba su nerviosismo, su deseo de salir.

—Está bien, está bien, ahora te abro. No es para tanto, tú mismo lo decías. Tanto hacerte el valiente y ahora estás hecho una furia.

Peter acercó sus manos a la cerradura, mas ésta se resistió. Dándose cuenta de ello, el propio Peter comenzó a ponerse nervioso.

Dentro del ataúd, Pierre seguía golpeando. Ya no bromeaba, había comenzado a ser presa del pánico.

Peter golpeó encima de la tapa para comunicarse con su amigo y compañero, mientras fuera el fragor de la tormenta persistía.

—¡Ahora te abro!

De pronto, llamaron la atención de Peter unos ruidos secos, como el golpear de palitos endurecidos por desecación. El ruido fue aumentando.

Dejó de manipular en la cerradura que se resistía sin saber por qué. Miró a su alrededor, hasta que se fijó en la calavera más próxima a él.

Vio que se le movían los dientes, que las mandíbulas entrechocaban como si se estuvieran carcajeando de él.

Peter ignoraba que aquellas calaveras habían pertenecido a importantes asesinos.

—¡Pierre, Pierre...!

Se fijó en que no era una sola calavera la que semejaba reírse batiendo sus quijadas descarnadas, sino todas lo hacían, todas se movían dentro de la campana de cristal en que se hallaban encerradas.

El pánico se apoderó de Peter, que fue retrocediendo mientras su amigo Pierre continuaba golpeando la tapa del lujoso ataúd desde el interior del mismo, tratando de escapar sin conseguirlo.

El pánico también se apoderó de Peter, que fue alejándose del ataúd en el

que su compañero quedaba abandonado a su suerte.

Las calaveras que habían cobrado vida de pronto, moviéndose, le inspiraban un terror que le impedía pensar.

Un rayo debió caer en la casa o cerca de ella, porque su luminosidad se filtró por los resquicios de las ventanas mientras toda la casona temblaba hasta sus cimientos. Las débiles llamas iluminaban el macabro escenario.

Peter ya no retrocedía, corría desesperadamente en busca de la ventana por la que entraran en la casa. Al correr, se le apagó la vela. Tropezó contra el marco de la puerta, mas consiguió llegar a la ventana y saltó por ella, abandonando al amigo que inútilmente golpeaba el ataúd.

Bajo una lluvia torrencial, Peter corrió por el bosque en que se había convertido lo que otrora fuera un jardín.

De pronto, la punta de su pie se introdujo por debajo de una raíz que se elevaba por encima de la tierra, convirtiéndose en una trampa. Peter, llevado por el impulso de su alocada huida, cayó hacia adelante.

En el suelo, abandonado durante años y años, un rastrillo de acero cuyas púas oxidadas miraban a lo alto, amenazado ras y malignas, como formando parte de una trampa diabólica.

El rastrillo que había servido para peinar la tierra, arrancar la maleza y retirar las piedras, estaba allí, delante del aterrorizado vagabundo que cayó por haber tropezado con la raíz.

—¡Agg!

Peter no pudo decir nada más.

De su boca escapó un gorgoteo siniestro que no tardó en confundirse con el fragor de la lluvia.

Dos de las herrumbrosas púas de acero acababan de clavarse en la garganta de Peter y un estremecedor silbido escapó de su boca antes de que por ella comenzara a brotar la sangre.

Sus manos dieron palmadas espasmódicas contra el suelo empapado por la lluvia. Quería gritar y ni una sola palabra escapó de sus labios.

Sus ojos quedaron abiertos y en pocos segundos se vidriaron. Entretanto, un hombre aterrorizado continuaba golpeando la sólida tapa de un ataúd que no se abría.

La tormenta no parecía tener prisa por marcharse y los truenos seguían dando música de fondo a la tragedia mientras el agua no cesaba de caer.

CAPITULO XI

El night club contaba entre sus clientes a los siete ancianos residentes en Autumn Flowers.

Se habían pasado varios números musicales fuertemente eróticos, representaciones que algunos de los residentes no habían presenciado jamás en su vida.

Se sentían excitados y bebían champaña, las burbujas ascendían por sus fosas nasales, alegrándoles la noche.

Cuando salieron a la calle iban con más alcohol en sus venas que el que era habitual en ellos.

—Esto es vivir de nuevo —exclamó mistress Grace, que era quien parecía la más rejuvenecida de todas.

No eran personas jóvenes, estaban muy lejos de la radiante juventud, pero sí parecían haber escapado de la anquilosante senilidad.

—Tenemos dos habitaciones en el hotel próximo —dijo uno de los dos hombres del grupo.

Se escucharon risas cargadas de complicidad y picardía.

—¿Creéis que podréis? —se rió mistress Grace.

—Lo intentaremos —replicaron, eufóricos.

—Me temo que nos pasamos —suspiró mistress Florence.

Se les acercó una vendedora de flores con aspecto mendigante. Casi le arrebataron las flores y luego la insultaron con perversidad.

—¡Cerdos! —escupió la vendedora, viendo su cesta caída en el suelo, con la delicada carga desparramada por la acera.

Los siete se alejaron riendo. Era como si hubiesen perdido sus sentimientos de justicia, de humanidad y de amor al prójimo.

—Aquí, aquí es —dijo un hombre, señalando la puerta de un hotel de segunda categoría.

Entraron en el vestíbulo, había poca luz.

El conserje de noche les observó un tanto suspicaz, pero puso una sonrisa fría y profesional en sus labios para recibirles.

—¿Qué desean?

—Las llaves de la doscientos tres y la doscientos cuatro —exigió uno de los hombres.

El conserje, antes de entregar las llaves que le exigían, miró el libro de registro.

—Su documentación, por favor.

—Oh —exclamó mistress Amely, como sintiéndose avergonzada.

Uno de los dos hombres sacó su documentación. La mostró al conserje, que comparó los nombres y luego asintió con la cabeza.

—No pensará que somos maleantes, ¿verdad?

—Disculpen, es una norma del hotel. Yo no conozco a los clientes que

vienen durante el día y cualquiera podría llegar y pedir una llave. Es una medida de seguridad.

Tomaron las llaves y se fueron hacia las habitaciones. Entregó una de las llaves a las mujeres y con la otra entraron en la segunda de las habitaciones.

—Ven, ven —dijo a su compañero—. Hay una puerta de intercomunicación.

Había un cuarto de baño que servía para los dos dormitorios.

Los hombres pasaron a través del aseo a la habitación de las mujeres, que fingieron sorpresa al verles.

—¡Mirad qué sinvergüenzas, están aquí! —exclamó mistress Grace.

Hubo risas y exclamaciones. El que se había encargado de rentar aquellas habitaciones abrió una pitillera y mostró cigarrillos.

—¡A fumar todos!

—A mi no me gusta —advirtió Florence.

—Esto no es tabaco, es marihuana y de la buena —se rió el que ofreció la droga. También llevaban bombones drogados para quienes no quisieran fumar.

No tardó la estancia en oler a droga, la orgia sólo había hecho que comenzar, una orgia insospechada para todos ellos tan sólo unos días antes, una orgía que pudieron disfrutar gracias al rejuvenecimiento de sus cuerpos.

Al día siguiente, todos tenían jaqueca.

Se sentían doloridos y las ropas se hallaban dispersas por las estancias. La fealdad de sus cuerpos ajados quedaba al desnudo.

Florence, cojeando, fue hasta el cuarto de baño. Al mirarse al espejo, lanzó un grito de angustia que despertó a los demás que se removieron en las camas, incluso sobre la alfombra donde tres de ellos habían quedado.

—¿Qué sucede, Florence? —preguntó Grace.

—¡Hemos envejecido, hemos envejecido otra vez!

La angustia, la desesperación, envolvía sus palabras mientras las manos de piel rugosa se palpaban, el rostro con incredulidad.

Florence consiguió traspasar su angustia a los demás, que comenzaron a sollozar también. Habían consumido muy rápidamente aquel rejuvenecimiento conseguido en una lúgubre casona gracias a la magia diabólica del gran mago Sergio.

* * *

Jennie encendió un cigarrillo y chupó con fuerza el perfecto cilindro de tabaco mientras era observada con ojos cargados de interés.

—¿Te encuentras bien, Jennie?

—Sí, si —dijo ella, evasiva.

—¿Te ha visitado un médico?

—No, y no insistas, por favor.

—¿Por qué no?

—No tiene importancia.
—Sí la tiene, el golpe que recibiste fue muy fuerte.
—¿Le has dicho algo a tu padre?
—¿Por qué había de contárselo?
—Porque en esa lúgubre casa que él tiene alquilada hay una bestia peligrosa.
—Sería un perro grande.
—Es posible. Todo ocurrió tan de prisa y había tan poca luz.
—Dicen que hay perros abandonados por todas partes. Pudo ser un gran danés negro, esos perros son muy grandes.
—Sí, podía ser un gran danés negro, pero es muy peligroso.
—James Adam, si le digo a mi padre que allí hay un perro, sabrá que he estado en la casa a espaldas suyas, cuando le prometí que no aparecería por ese lugar.
—Si no te deja ir, es porque tiene algo que ocultar. ¿No te parece?
—Ves fantasmas por todas partes y parece increíble que eso te ocurra a ti, un hombre fuerte, joven, pletórico de vitalidad.
—No es que vea fantasmas, es que veo cosas raras y quiero saber cuál es la causa.
—Las únicas cosas que ves extrañas es que el anciano de una residencia se lia suicidado y que un grupito de personas desea rejuvenecerse y lo ha conseguido por su esfuerzo.
—Pues ahora han sufrido una recaída.
—¿Recaída? ¿Quieres decir que han perdido ese rejuvenecimiento del que me habías hablado?
—Sí. Y me han suplicado que contrate a tu padre para una nueva sesión.
—No creo que eso sea difícil, mi padre estará ansioso por actuar.
—Entonces, vamos a tu casa, hablaré con él.
—De acuerdo, pero... —1c cogió las manos en actitud de súplica—, pero no le digas que estuvimos en la casa, mi padre confía en mí.
—Está bien, no hablaré de ello, vamos.
Abandonaron la cafetería y en el automóvil de James Adam se dirigieron al pequeño chalet donde vivían padre e hija. Steve L. Doow no estaba en su casa y James Adam aprovechó para preguntar:
—¿Cuál es el despacho de tu padre?
—Aquella puerta —Jennie la señaló con su mano—. ¿Quieres que te prepare un café?
—Bueno —aceptó él, sin quitar ojo de la puerta.
Cuando Jennie se alejó hacia la cocina, James Adam fue hacia la puerta del despacho Trató de abrirla y su forcejeo resultó inútil, estaba cerrada.
—¿Qué trata de hacer?
Se volvió al oír tras él la voz del gran mago Sergio.
—Entrar en su despacho. Quería hablar con usted.
Steve L. Doow le miró desafiante.

—Usted sabía que yo no estaba dentro.
—Cabía la posibilidad de que se hubiera dormido.
—Me temo, joven, que está abusando de la hospitalidad de esta casa.
—Papá...
—Hola, Jennie.
—No te he oído entrar.
Antes de que el mago tomara una determinación desagradable, James Adam se apresuró a decirle, aunque sus palabras no denotaban nerviosismo ni apremio.
—La asociación de amigos de la magia blanca me ha encargado que le contrate para otra sesión privada.
—Comprendo, quedaron satisfechos y quieren más.
—Parece ser que los efectos estimulantes que usted les proporcionó ya se han disipado.
—No sé de qué me habla.
Se escuchó un pitido lejano.
—El café —dijo Jennie—. Voy por él.
—¿Le ha contado algo a mi hija?
—¿Contado sobre qué?
El mago carraspeó.
—Nada, nada. ¿Decía que los amigos de la magia blanca desean nuevamente mis servicios?
—Así es.
Steve L. Doow fue hacia el despacho, abrió la puerta y encendió la luz.
—Mire en torno suyo, joven, no hay nada que ocultar. Es un despacho con algunos artilugios para practicar el ilusionismo, nada más.
—Lo dice usted como si yo pretendiera profanar su intimidad.
—¿Y no es así?
James Adam no respondió. Se fijó en el gran libro cerrado que poseía cierre de cuero y un pequeño candado.
—Qué libro más hermoso —opinó.
—Es el Grimorio Rojo, un libro muy antiguo, todo él está hecho a mano, posee un valor incalculable.
—¿Es de su propiedad?
—Sí. Esta clase de libros ayudan mucho a los que practicamos el ilusionismo.
—¿El ilusionismo o la magia?
—Sus preguntas son dardos, joven, dardos cargados de veneno.
—Si le digo que no era ésa mi intención, no me va a creer.
—Es muy hábil con las palabras, veamos qué tal responde con los números.
—¿Números?
—Sí. Dígales a los de la asociación de la magia blanca que esta segunda sesión les costará el cien por cien más cara.

—¿El doble?

—Exactamente.

—Eso podría calificarse de abuso.

—¿Abuso, usted cree? Todo lo que sea arte no tiene precio y mi trabajo puede clasificarse de arte aunque usted sea un incrédulo escéptico.

—Yo no sé si mis representados aceptarán pagar lo que usted exige.

—Si ellos reclaman esta segunda sesión, después de haber perdido lo que usted denomina «efluvios estimulantes», seguro que pagarán. Además, todos ellos poseen fortuna propia, son ricos, de lo contrario no vivirían en esa residencia tan costosa. Cada uno posee una suite casi principesca, no les falta de nada. Té birmano a las cinco en punto, hilo musical, televisión a color, pastas y dulces de la mejor calidad.

—Es cieno, pero eso no le da a usted derecho a timarlos.

—Si usted está convencido de que es un timo, una estafa, dígaselo a ellos y todos juntos vayan a una comisaría de policía y pónganme una denuncia.

—¿Una denuncia, papá? —preguntó Jennie, que regresaba jumo a ellos, llevando una bandeja en la que humeaban unas tazas con café.

—No, querida; James Adam y yo bromeábamos, ¿no es así?

—Sí, claro, bromeábamos. Tendré que consultar.

—¿A su tía?

—Sí.

—¿Teme que cuando ella muera la herencia quede muy mermada?

—No me importa la herencia de mi tía. Poseo medios propios de vida, tengo una profesión y la ejerzo satisfactoriamente.

—Disculpe si he podido ser hiriente. Tome el teléfono

James Adam miró el auricular que le tendían.

—¿El teléfono ahora?

—Sí. No es necesario que alarguemos esta situación. Estoy seguro de que los amigos de la mafia blanca están ansiosos por concretar fecha y hora para una nueva sesión con el gran mago Sergio.

James Adam miró a Jennie, ya con c) auricular en la mano. Discó unos guarismos y esperó mientras Jennie colocaba una de las tazas de café al alcance de su mano, sobre la mesa. El joven la tomó y bebió unos sorbos; estaba hirviendo.

—¿Residencia Autumn Flowers? —Aguardó y después dijo—: Soy Castle, póngame con mistress Florence, por favor.

El mago se había aposentado en su butaca tras el escritorio. No parecía dispuesto a respetar la intimidad de la llamada telefónica, miraba con descaro a James Adam.

—¿Tía Florence?

Jennie tampoco se fue; también ella parecía dispuesta a escuchar.

James Adam habló con su tía, importándole muy poco que los Doow estuvieran presentes, sin mostrar un mínimo de discreción.

Hizo notar a su tía que el precio por la sesión era más que abusivo, que no

tenía por qué aceptarlo. Pudo oír la voz trémula de la anciana, había angustia y desesperación en ella.

El joven tuvo la impresión de que si Steve L. Doow hubiera pedido diez veces más, los amigos de la magia blanca habrían aceptado igualmente.

—Usted gana —gruñó, colgando el teléfono.

—Lo sabía —aceptó el mago, satisfecho, seguro de sí, retrepado en la butaca.

—Ha sabido embaucarles bien.

—Por favor, James Adam, mi padre no es un embaucador.

—Déjale, hija, déjale, él no puede entender estas cosas porque es joven y está lleno de vitalidad. Cuando las fuerzas se le vayan y caigan sobre él los achaques y las arrugas, se comportará como los demás ancianos. Buscará ponerse a bien con Dios porque olfateará la muerte cerca de él, pero como intuya la posibilidad, por pequeña que sea, sólo una posibilidad de rejuvenecer, venderá su alma al diablo con tal de conseguirlo. Si no hay más ancianos que vendan su alma al diablo, es porque el diablo no se fija en la mayoría, sólo en los elegidos, sigo siendo escéptico. Y no obstante, estoy seguro de que usted utiliza algo que no es corriente, algo que no poseen otros embaucadores.

El gran mago Sergio preguntó, desafiante:

—¿Como qué?

—No sé, quizá algún tipo de droga especial, una combinación de euforizantes.

—¿Todo lo arregla usted con drogas?

—Se ha demostrado que algunos embaucadores de muchedumbres las utilizan.

—Las drogas, aunque sean las que se venden en las farmacias con receta médica, son malas. Se han de pagar caras, siempre tienen un precio doloroso como contrapartida.

—¿Y usted no?

—¿Lo dice por el dinero que pido por sesión?

—Lo digo por la muerte de míster Grower.

Padre e hija se le quedaron mirando fijamente y ninguno de los dos dijo nada.

CAPITULO XII

Antes de que subieran al microbús, James Adam Castle dio una ojeada a los siete ancianos, cinco mujeres y dos hombres. Le parecieron más decrépitos, más achacosos, más hundidos que nunca.

—¿Están dispuestos? —preguntó.

—¿A qué viene eso, sobrino? —inquirió mistress Florence.

—Me gustaría hacerles recapacitar para que no se dejen embaucar.

Mistress Grace, nerviosa, apremió:

—No quiero llegar tarde.

—¿Por qué no aceptan su posición, por qué no se conforman como todo el mundo? Han vivido una vida, pueden estar satisfechos. Otros muchos mueren al nacer o en la niñez.

—Muchacho —le cortó uno de los ancianos—, si no nos llevas tú, buscaremos otro chófer.

James Adam comprendió que no lograría convencer a aquel reducido grupo de ancianos que formaban la minúscula asociación de amigos de la magia blanca.

—Está bien, suban, les llevaré.

Al ayudarles a abordar el microbús, comprobó que estaban peor, mucho peor que en la anterior ocasión. Era como si hubieran envejecido súbitamente unos años más de los que realmente tenían, todo lo contrario que en su aparente rejuvenecimiento.

Puso el vehículo en marcha sin intuir que aquélla iba a ser una noche trágica.

No era un juego de .salón, sino un ritual satánico lo que les aguardaba y ellos lo sabían.

El microbús se alejó de los jardines de la residencia Autumn Flowers. Circular durante la noche resultaba más fácil, más cómodo y más rápido.

Las luces, las señales luminosas, el pintado de las rayas del asfalto, todo se veía muy bien.

James Adam circulaba rápido, evitando no obstante cualquier infracción. Cruzar un semáforo en rojo podía significar el horror de un montón de cadáveres aprisionados entre los hierros.

Los alardes de velocidad y de falta de respeto a la ley y al orden en el tráfico, quedaba para los insensatos psicópatas y asesinos del asfalto, gentes sin escrúpulos que podían arrollar a una criatura, destrozar sus cráneos, reventar sus vísceras y luego huir para escapar a la justicia, pensando aún que ellos no eran asesinos, que todo había sido un simple accidente.

Las luces de la ciudad, de sus sistemas viales, no dejaban ver un cielo que no sólo era negro, sino que también ocultaba a las estrellas.

Se había levantado un viento frío, molesto, y los parles meteorológicos habían advenido que de madrugada podían caer chubascos intermitentes.

Los ancianos iban en silencio. No había la emoción del viaje anterior que les había conducido a la primera sesión privada que podía ofrecerles las maravillas de ultratumba.

El asiento junto u James Adam estaba vacío: su tía Florence había preferido ocupar un asiento posterior.

Salieron a la carretera. El viaje se hizo largo, en dirección contraria apenas circulaban automóviles.

A través del espejo retrovisor, James Adam comprobó que ningún coche pudiera colisionar con él por alcance. Disminuyó la velocidad y se encontró con la doble puerta de hierro que se hallaba abierta, como la vez anterior, esperándoles.

El microbús se introdujo por el camino, blando por las últimas lluvias. Continuó hasta llegar al atrio de la casa.

Con las luces de señalización encendidas, tocó un par de claxonazos conos para advertir su llegada y así fue, porque se abrió la puerta de la lúgubre mansión.

Apareció el gran mago Sergio con el candelabro de tres brazos encendido. No faltaba ninguna de las velas, las tres eran grandes, estaban nuevas.

—Bien llegados —les saludó con voz oscura y penetrante, una voz que no era natural.

Su aspecto gustaba y se imponía a los ancianos. Su capa, su frac, su camisa nívea, su lazo. Steve L. Doow sabía cómo vestirse para impresionar a su auditorio.

Cuando el último de los ancianos se hubo internado en la mansión, James Adam dijo en voz alta:

—Esperaré afuera hasta que salgan, escuchando música.

Steve L. Doow cerró la doble puerta, dejando a James Adam afuera.

Este puso en marcha el aparato de radio y apagó las luces del vehículo. Dejó pasar unos pocos minutos, luego se apartó del microbús y se aproximó a la casa.

La rodeó hasta encontrar la ventana que forzara en la ocasión anterior.

La ventana volvía a estar cerrada, pero la reparación había sido tan simple que le bastó empujar un poco para que el cordel con que la habían atado por su parte interior, cediera.

No dudó en penetrar en la lúgubre mansión. Luego se quedó quieto por si había hecho algún ruido sospechoso.

Una vez seguro de que no había sido descubierto, volvió a cerrar la ventana. Midiendo su avance paso a paso por la estancia a oscuras, se acercó a la puerta que daba a un distribuidor desde el cual se accedía al salón donde se llevaba a cabo la ceremonia satánica.

Separó la hoja de madera de la jamba muy despacio, décima a décima para no provocar ningún chirrido. Entonces pudo oír la voz del gran mago Sergio.

—...Estáis aquí porque vosotros lo habéis querido. Mis amigos de ultratumba, mis esclavas, pues yo los he arrebatado a la paz de sus tumbas,

suplicarán a Satán para vosotros esa vitalidad que se os ha escapado, esa vitalidad por la que estáis dispuestos a pagar el precio que se os exija. Y sabéis bien que no hablo de ese miserable dinero conque pagáis mis honorarios.

—Pagamos el precio —murmuró uno de los viejos, sombrío.

Mistress Amely concretó con más claridad:

—Nosotros sacrificamos a míster Grower.

—Todos participamos en el sacrificio —dijo Florence.

—Sé que aquel estúpido anciano pagó con su vida. Hacer correr la sangre de una víctima es sellar el pacto con el Príncipe de los Infiernos, nada se da a cambio de nada.

Mientras Steve L. Doow hablaba a los decrépitos ancianos que habían confesado ya ser copartícipes en un crimen, James Adam consiguió filtrarse hacia el distribuidor, abandonando la habitación.

Una ráfaga de viento hizo oscilar las llamas de las velas que humeaban, llenando el ambiente de un fuerte olor.

Aquel escenario o altar donde estaba el ataúd y las calaveras, a James Adam le pareció de lo más teatral y absurdo.

La tormenta había llegado, se anunció con un trueno ensordecedor que hizo retumbar la vieja mansión. El agua de la lluvia comenzó a caer con fuerza, golpeando casi con rabia. El rumor se oía con claridad dentro de la casona.

—Ahora abriremos el ataúd que transportará a cada uno de vosotros a la dimensión donde el tiempo y el espacio no tienen cabido. Volveréis a vuestra juventud, al esplendor de vuestra vitalidad. Cuanto deseéis os será concedido, viviréis los instantes más gozosos de vuestras miserables vidas, todas los placeres se unirán en uno dolo...

Abrió el ataúd y quedó tan sorprendido como los demás al comprobar que ya estaba ocupado. El acolchonamiento interior había sido rasgado y arrancado con uñas que ahora aparecían ensangrentadas.

—¿Qué significa esto? —preguntó Steve L. Doow en voz alta, como desconcertado.

Todos se habían levantado para ver mejor. Otro trueno hizo retumbar las cristaleras cuando una voz inesperada dijo:

—Se terminó la función.

Se volvieron hacia quien acababa de sorprenderles en su ritual diabólico.

—James Adam, ¿qué haces aquí? —gritó mistress Florence.

—Me avergüenza llamarte tía, pero creo que el lazo de sangre que nos une no es culpa de ninguno de los dos.

—¿Usted ha metido este cadáver aquí dentro?

—¿Yo? Me temo que eso se lo va a tener que explicar usted a la policía y también la muerte de míster Grower.

—¡Lo ha oído todo! —exclamó mistress Grace, asustada.

—También tendrá que explicar de dónde ha sacado esas calaveras —gruñó

el joven.
—Eres un intruso y lo pagarás caro. ¡Sujetadle! —ordenó Steve L. Doow.
Los siete ancianos, como momias, avanzaron hacia James Adam. Este, al verles acercarse, ante aquellos rostros hundidos en la degradación, en la desesperación, ni se movió.
Le bastó empujarlos con sus manos a medida que llegaban a su altura para deshacerse de ellos.
—¡Está usted loco! —gritó el gran mago Sergio.
—¡Fuerzas del infierno, os invoco, salvad a vuestros siervos!
La casona semejó llenarse de resplandores mientras no un trueno sino varios coincidían contra los muros. Toda ella se estremeció como si hubiera quedado en el centro de un terremoto.
Un rugido escalofriante les hizo mirar a todos hacia lo alto de la escalera.
—¡La bestia! —exclamó James Adam retrocediendo hacia los viejos.
La fiera volvió a rugir. Ahora, James Adam estaba seguro de que no era un perro. Sus ojos estaban cargados de inteligencia a la vez que de maldad. Su boca armada de grandes colmillos amarillentos, semejaba rezumar sangre.
—¡Es Satán, el Príncipe de los Infiernos! —exclamó como alucinado Steve L. Doow, mientras las calaveras comenzaban a moverse dentro de sus urnas de cristal, como si de pronto perdieran la gravedad.
—¡Corre. James Adam, corre, es tu última oportunidad! —gritó su propia tía.
—Todos somos siervos tuyos, Príncipe de las Tinieblas —dijo Steve L. Doow, arrodillándose.
—Yo, no —le puntualizó James Adam, tajante.
Quedó frente a la extraña y maligna fiera, que volvió a rugir a pocos pasos de él.
Mientras, nuevos rayos caían en torno a la casa como si ésta se hubiera cargado de electricidad, una electricidad que ascendía de las entrañas de la tierra misma, de los cimientos de la lúgubre mansión que tanto sabía de horrores.
La bestia encogió sus músculos y, de pronto, los destensó, sallando sobre el joven, que no pudiendo soportar la embestida y el peso del animal, cayó al suelo. Rodaron juntos.
—¡Devóralo! —gruñó Steve L. Doow.
James Adam y la singular bestia se debatieron hasta que el hombre, evitando las dentelladas que consiguieron desgarrar sus ropas, pero no abrir sus carnes, logró sujetarle la cabeza, cerrando su brazo derecho en torno a su cuello. Entonces, jadeante, le habló al oído:
—Jennie, Jennie, te amo, te amo. No me harás nada, nada, porque jamás el diablo ha hecho nada a hombre o mujer. El no puede, no tiene facultades para matar. Siempre amenaza pero no puede matar porque la vida de los hombres no es suya, sino de Dios. Jennie, Jennie, escucha... El diablo amenaza, nos asusta, nos atemoriza, pero no puede matar. Las muertes horrorosas que se le

achacan las ejecutan los malditos mortales que se proclaman sus servidores. Jennie, Jennie, yo sé que tú eres él o él eres tú.

La bestia dejó de forcejear, se fue relajando y, poco a poco, se transformó ante la sorpresa de todos. La fiera negra se convirtió en la juvenil y bella Jennie, que miró a James Adam con ojos llorosos y suplicantes.

—¡Jennie! —gritó su padre.

La muchacha no le respondió, sino que le habló a James Adam cargada de amor, explicándole:

—Me poseyó el mal, me poseyó en la puerta de un cementerio abandonado cuando mi padre profanaba tumbas. He estado dominada por él, acudía adonde me lo ordenaba. Si no hubiera estado cerca de mi padre, el no hubiese conseguido sus éxitos, sus transformaciones, el viaje a otra dimensión. Papá, creías que lo conseguías tú y era el Mal que siempre estaba a tu lado, dentro de mí.

—¡No es cierto! —rechazó el gran mago Sergio.

—Si lo dice Jennie... —musitó James Adam que permanecía arrodillado junto a la muchacha que se veía como exhausta.

—¡Ella no estaba aquí cuando yo invoqué a mis esclavos y conseguí las transformaciones, no estaba aquí!

—Sí estaba, papá, sí estaba. Llegué en un taxi y entré en la casa en forma de bestia sin que te dieras cuenta.

—Yo supe que eras tú por el golpe, Jennie. Ese golpe te lo había dado yo mismo cuando estabas transformada en bestia satánica.

James Adam tomó a la joven entre sus brazos y se encaminó hacia la puerta, dejando a Steve L. Doow frente al cadáver del desconocido vagabundo y rodeado por las calaveras de los que en vida fueran asesinos.

Los ancianos decrépitos y dispuestos a todo con tal de obtener la satisfacción de sus deseos, vieron alejarse a la pareja desconcertados.

El agua cayó en tromba sobre ellos. A James Adam no le importó mientras, cargado con Jennie, caminaba hacia el microbús.

Un rayo cegador, más poderoso que los anteriores, penetró por una ventana alta, clavándose sobre la viga madre sobre la que se sustentaba toda la edificación, aquella viga gruesa que se hundía en los cimientos y llegaba vertical hasta las aristas del tejado.

Toda la casa crujió, paredes, cimientos...

James Adam había conseguido llegar hasta el microbús. Abrió llamaradas saliendo por las ventanas antes de que todo el edificio se viniese abajo, falto de sostén donde apoyarse.

Paredes, techo, todo se convirtió en un amasijo de cascotes lo mismo que si en el centro de la casa hubiera estallado una bomba de potencia considerable.

—¡Papá!

—No pienses en él, Jennie. Buscando triunfo, había enloquecido.

—¡Hay que sacarlos!

—Nada podemos hacer ya, Jennie, nada. Esta locura colectiva ha llegado a su fin.

Encendió los faros del microbús y los dirigió hacia los escombros sobre los que continuaba cayendo la lluvia torrencial; mas sorprendentemente, los rayos y los truenos ya no se dejaban oír ni ver, era como si toda la maligna carga eléctrica se hubiera neutralizado.

El microbús se alejó. Al día siguiente, llegaron allí los hombres de la policía y las máquinas.

Comenzaron a ser barridos los escombros y, cadáver a cadáver, fueron extraídos. En su tarca, los bulldozers arrancaron el piso y fue entonces cuando el horror aumentó.

Se descubrieron esqueletos humanos, huesos de niños que habían permanecido ocultos allí durante décadas y décadas, los restos de los niños asesinados que un día ya lejano buscara la ley para condenar a Christopher Hower Spellman y que jamás habían sido encontrados.

Se había excavado en todo el jardín, mas no se llegó a levantar el pavimento de la casa, justo donde Steve L. Doow, como atraído por la fuerza que emanaba de la propia tierra, había instalado su macabro altar.

El horror llenó las páginas de los periódicos y a todo se dio una explicación lógica, locos aficionados a las misas negras.

James Adam y Jennie prefirieron no hablar una sola palabra de que había más, mucho más. Allí habían intervenido las fuerzas malignas, pero, ¿cómo demostrarlo?

Cogidos de la mano, cuando ya todo se había tranquilizado, se dirigieron al aeropuerto en busca del país del sol para llenar llenarse los ojos de luz, un país donde los fantasmas no podían vivir, no había lugar para ellos.

FIN